

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1858. — Tomo XII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 17. — N° 308.

Administracion general, passage Saulnier, num. 4, en Paris.

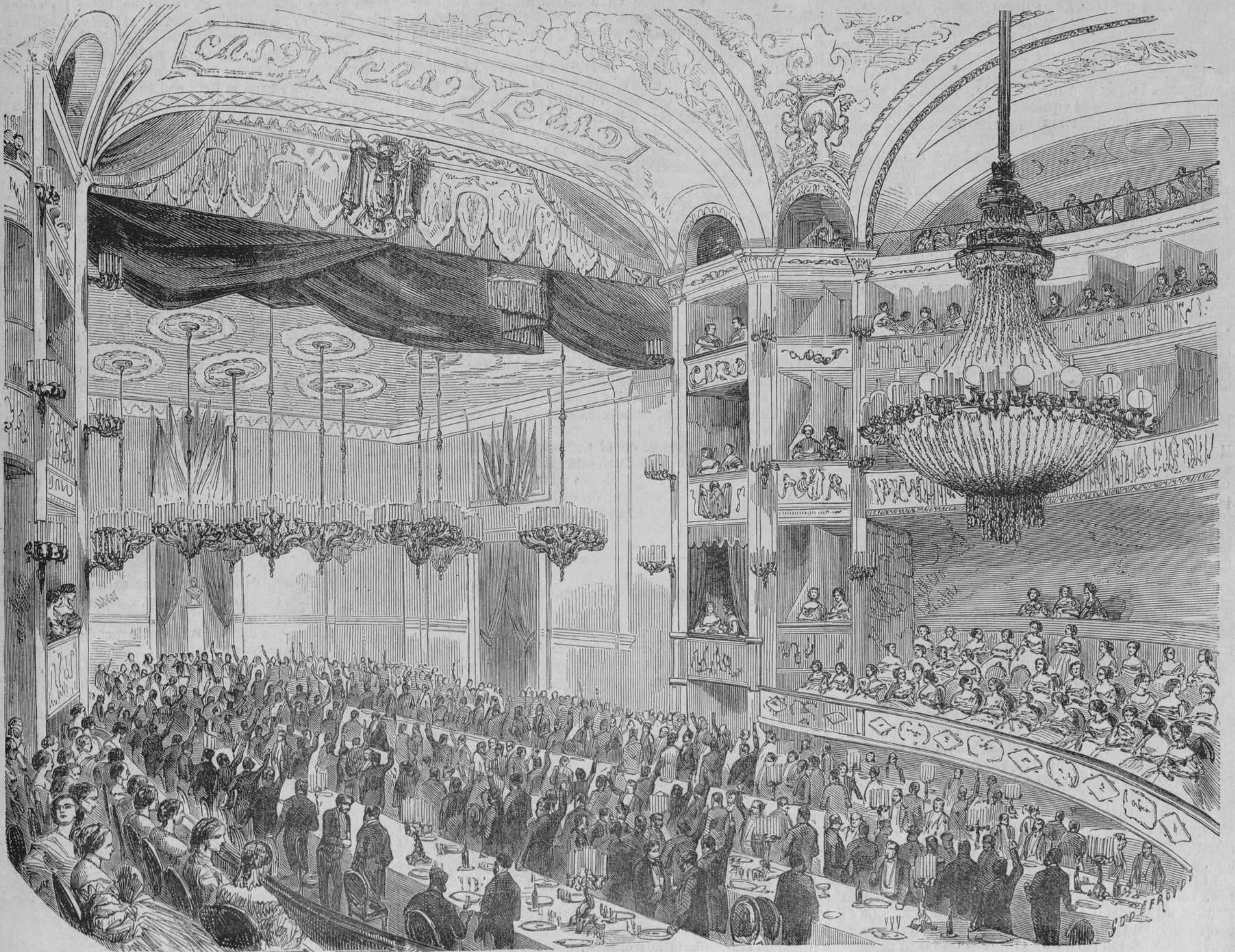
SUMARIO

Banquete dado en Marsella á M. de Lesseps; grabado. — Revista de Paris. — La buenaventura. — Oda. — Los Uled-Nail; grabados. — Nuevo jardin reservado del pa-

lacio de Tullerías; grabado. — Revista española. — Escenas de la vida en Calcuta; grabados. — La feria de las vanidades. — Asilo imperial del Vesinet; grabado. — La velada de san Huberto; grabados. — La reina sin nombre. — Herraaje de bueyes en el Delfinado; grabado.

BANQUETE DADO EN MARSELLA A M. DE LESSEPS.

Tomamos del *Mensajero del Mediodia* la siguiente relacion del banquete dado en Marsella á M. Fernando de Lesseps.



BANQUETE DADO A M. DE LESSEPS POR LA CIUDAD DE MARSELLA EN LA SALA DE LA OPERA.

Marsella 28 de octubre.

La fiesta ofrecida ayer á M. de Lesseps por el comercio marsellés ha sido verdaderamente magnífica. La sala del Gran Teatro, donde se celebró el banquete, presentaba un golpe de vista sorprendente; las señoras, luciendo elegantes y ricos trajes, ocupaban los palcos y los primeros asientos del anfiteatro, y detrás de la mesa de honor se veían dos grandes cuadros pintados por M. Crapelet, de los cuales el uno representaba el puerto de Marsella y el otro el istmo de Suez.

A las siete y media la música rompió con el himno de la *Reina Hortensia* para anunciar la llegada de M. de Lesseps, quien á los pocos momentos apareció en la sala con el presidente de la Junta de Comercio, el comandante general de la division, M. Canople, diputado por el presidente del Tribunal de Comercio, el maire y otras autoridades y notabilidades comerciales.

Entre las personas de distincion que se habian reunido á los convidados se notaba á M. Rotches, cónsul general de Francia en Túnez.

La entrada de M. de Lesseps en la sala fué saludada con entusiastas aplausos. Pocas veces se ha visto á una reunion tan numerosa manifestar sus sentimientos con tanto calor y unanimidad.

A los postres se pronunciaron los brindis siguientes: M. Pourtal, presidente del Tribunal de Comercio, despues de brindar por el emperador, dijo:

« En la mision providencial que el grande hombre que rige los destinos de la Francia desempeña hace seis años, cada dia ha sido señalado por algun grande y glorioso acontecimiento.

Bajo el prestigio de su nombre la Francia, tan profundamente conmovida por la catástrofe de febrero, ha visto renacer la calma en los espíritus y la estabilidad en las instituciones; y la Europa, que hiciera estremecer el choque de nuestras agitaciones, ha hallado tambien el orden y la tranquilidad.

Bajo su fecunda influencia, los diferentes ramos del comercio, de las artes y de la industria se han desarrollado poderosamente, y la capital de Francia, ensanchada y embellecida, se ha convertido en cierto modo en la capital del mundo civilizado.

Todas las grandes ciudades del imperio han tomado parte en el movimiento del cual el emperador diera la señal; Marsella, mas que otra alguna, ha marchado por la senda del progreso: nuestros puertos, que tanto se han ensanchado, y los monumentos que vemos elevarse á cada momento, están ahí para atestiguar la prosperidad del presente y la confianza que inspira el porvenir.

Alterada la paz por un instante, y cuando parecia que iba á romperse el equilibrio europeo, la mano del emperador fué tambien la que vino á afirmar el edificio sobre su base.

Hoy dia, señores, estamos abocados á uno de esos acontecimientos que cambian la faz del mundo y que figuran como una gran fecha en la historia. (Recordemos con orgullo que su iniciativa ha partido de un francés.) ¿ Pero el canal marítimo de Suez hubiese podido ejecutarse si el emperador no hubiese creado ese interregno de calma y de prosperidad, sin las cuales no pueden realizarse las grandes cosas?

¡Pueda el emperador gozar por largo tiempo de los altos destinos que ha procurado á la Francia!...

¡Que su trono, el cual comparte con la gracia y la beneficencia, se consolide cada dia mas por el reconocimiento y el afecto de todos los franceses, y ojalá pueda trasmitirse á su augusto heredero para felicidad de la generacion futura!

¡Viva el emperador! ¡Viva la emperatriz! ¡Viva el principe imperial! »

M. de Pastré, presidente de la Junta de Comercio: A M. de Lesseps:

« Está á punto de realizarse una obra inmensa, una de esas obras que encuentran grande eco y que bastan por sí solas para ilustrar un siglo.

Hace cuatrocientos años que el cabo de Buena Esperanza, cambiando la ruta de las Indias, privó al Mediterráneo de una de sus principales fuentes de riqueza. Restablecer las direcciones antiguas por vias nuevas y perfeccionadas; hé aquí el objeto del gran canal marítimo de Suez. Este ahorro de tres mil leguas que va á efectuar el genio del hombre debe ser útil al mundo entero, interesado siempre en seguir los itinerarios mas rectos y mas económicos.

El huésped eminente á quien festejamos hoy es el autor de este proyecto grandioso, y nadie mejor que él podia llevarlo á buen término.

Honrado con la amistad de los vireyes que se han sucedido en Egipto y particularmente con la de S. A. Mahomet-Said-Bajá, digno hijo de Mehemet-Ali, de gloriosa memoria, M. de Lesseps ha obtenido sin grande trabajo una concesion que era hasta cierto punto la recompensa de sus dotes personales. Su talento sólido y sutil, su carácter amable y conciliador, su perseverancia á toda prueba, constituian actitudes maravillosas para la negociacion emprendida, y predestinaban á M. de Lesseps para esta mision.

El momento estaba tan bien escogido como el hombre. Un gobierno fuerte é ilustrado ha creado á la Francia un estado próspero y tranquilo, asegurando al propio tiempo el reposo y la paz de la Europa; condicion indispensable para una empresa de tanta magnitud, y á la cual debe contribuir el mundo entero.

No se trata de reconstruir Palmira, Balbec ni todos esos ricos ni antiguos depósitos del comercio de Orien-

te. La ciencia moderna no tiene necesidad de tantas etapas; las mercancías, gracias á M. de Lesseps, llegarán de un tirón del fondo del Oriente á las playas europeas del Mediterráneo; tan solo la herencia de Venecia queda vacante: ¡la sucesion está abierta!

M. de Lesseps ha convidado á todos los pueblos á tomar parte en ella; pero no lo dudeis, señores; amigo suyo desde hace treinta años, conozco bastante su ardiente patriotismo para saber que su principal mira es el porvenir comercial de nuestra querida patria y la gran parte que los puertos de Marsella deben recoger de esa herencia.

Señores que habeis venido á este banquete, todos lo habeis comprendido perfectamente, lo mismo que vosotras, señoras, cuya presencia ha venido á aumentar el encanto de esta fiesta y á acrecentar su brillantez, y que tan bien sabeis hermanar con la elegancia y la gracia el instinto de todo lo que es noble y grande.

Parta, pues, de todos los ángulos de la sala un prolongado grito de reconocimiento; que las cuerdas mas simpáticas de vuestro corazon respondan á mi llamamiento, y que una salva de aplausos acoja el brindis que desde lo mas profundo de mi alma dirijo

¡A M. de Lesseps!

¡Al promovedor del corte del istmo de Suez!

M. de Lesseps pronunció algunas palabras que produjeron sobre la reunion un efecto eléctrico. Una salva de bravos recibió la declaracion hecha por él de que dentro de dos meses darian comienzo los trabajos del canal de Suez y que quedarían terminados en tres años.

El maire de Marsella tomó acto continuo la palabra para dar gracias á M. de Lesseps en nombre de sus administrados.

« Caballero,

En nombre de la ciudad de Marsella os doy las gracias por las palabras que acabais de pronunciar, palabras que han merecido los aplausos prolongados de esta brillante reunion.

Estos aplausos os prueban suficientemente la energía de los sentimientos que os consagra la poblacion marsellesa. En este momento me cabe la satisfaccion de convertirme en órgano suyo para expresaros toda su gratitud y toda su admiracion. A vos, á vuestro celo infatigable, á vuestra elevada inteligencia (nadie lo ignora en Marsella), deberemos la realizacion de esta empresa gigantesca, que va á trasformar y á engrandecer el comercio del mundo.

Vos lo habeis dicho, caballero; Marsella está llamada á desempeñar un gran papel gracias á su buena posicion; su fortuna es la fortuna de la Francia. Los intereses del pais están identificados en nosotros; el pais recogerá pues con nosotros el fruto de esta grandiosa creacion, á la cual estará de hoy mas enlazado vuestro nombre.

Peró este porvenir crea á nuestra ciudad necesidades imperiosas. Tambien nosotros tenemos que sentar los cimientos de grandes cosas que, al paso que desarrollarán nuestra prosperidad, contribuirán poderosamente á la de la Francia.

En el cumplimiento de esta tarea no perderemos un instante de vista vuestro noble ejemplo, el recuerdo de vuestra perseverancia, de vuestra abnegacion; y asi es como Marsella se hará digna, lo esperamos con fe, de los elevados destinos que le estaban reservados y de los mas grandes todavía que le prepara la abertura del Istmo de Suez. »

La fiesta terminó con la lectura de una composicion del poeta Barthelemy, venido expresamente de Paris para tomar parte en el brillante homenaje que su ciudad natal se disponia á tributar al promovedor de una empresa vital para el comercio de Marsella y del mundo entero.

En la misma noche, en el Gimnasio, el baritono Ismael cantó una cantata titulada: *Istmo de Suez*, letra de M. L.-A. Paris, redactor del diario le *Phocéen*, y música de M. Malo, director de orquesta del Gimnasio. Poeta, compositor y cantante fueron justamente aplaudidos.

Revista de Paris.

Por los nombres de los artistas que forman este año la compañía del Teatro Italiano de Paris, y que hemos publicado á su debido tiempo, habrán comprendido nuestros lectores que las representaciones de la temporada actual deben de ser en extremo brillantes. Hace años en efecto que no se habian reunido en esa escena tantos artistas de fama. Mario y Tamberlick, la Grisi, la Penco y la Alboni con el baritono Graziani, componen sin duda en el día el grupo de artistas privilegiados que se disputan los empresarios de todos los paises, porque son aplaudidos con frenesí en todos los teatros del mundo.

Hay entre ellos algunos que se encuentran ya en una decadencia muy marcada; pero sean cuales fueren sus defectos actuales, siempre conservan algunos destellos del talento que les valió su nombradía, y no sabemos si á veces valen mas que todos los esfuerzos de los cantantes que produce hoy la escuela italiana. Es innegable que Mario en el *Trovador* no se encuentra á la altura de la parte que tiene á su cargo; es ciertísimo que no cantaria hoy el *Otelo*, que fué su triunfo hace una docena de años; pero en cambio, ¿quién podria, no diremos sobrepujarle, sino rivalizar con él en el *Barbero de Sevilla*? Su voz conserva para esas melodías incomparables la fres-

cura y suavidad que le falta cuando es preciso vencer las áridas dificultades de ciertas piezas de Verdi. Así los abonados del teatro oyen siempre con un placer indecible esa obra maestra de Rossini cantada por Mario y la Alboni; ¿quién puede cansarse de ese modelo de perfeccion cuando tiene tales intérpretes?

La Penco despues de la *Traviata* ha cantado este año la *Norma*, sin que el recuerdo de la Grisi le haya sido contrario. Es todo lo que se puede decir en su alabanza. En los ademanes y en el aire de la Penco se encuentran una fuerza, una pasion, un vigor que revelan una naturaleza artística privilegiada; en cuanto á su voz diremos que la cavatina la canta como nadie, y si en el famoso terceto la explosion de furor no alcanza á la energía trágica que sabe hallar la Grisi en ese momento de delirio, en cambio su canto en esa pieza como en lo restante de la ópera cautiva y arrebatada. En suma, la *Norma* será, á nuestro juicio, en la vida artística de la Penco, uno de sus principales triunfos. — El tenor Graziani, hermano del baritono, se ha dado á conocer con ventaja tambien en esta ópera.

La Grisi ha cantado algunas noches el *Trovador*, y parece que muy luego debe mostrarse en *Macbeth*, donde dicen sus admiradores que está inimitable. Antes se dará *Il Giuramento* de Mercadante, partitura nueva en Paris, de que hablaremos á nuestros lectores.

Estamos á principios de la temporada, y sin embargo, las funciones ejecutadas ya han llamado altamente la atencion del público: lo repetimos, con artistas de tanta nombradía una empresa puede fácilmente alcanzar tal favor; pero el caso es que los tales artistas cuestan sumas enormes: 15,000 francos mensuales á Mario; 40,000 á Tamberlick por diez y siete representaciones, y la Alboni y la Grisi en proporcion equivalente. — Deseamos que el señor Calzado logre cubrir con los productos las partidas de ese presupuesto exorbitante.

Hace tiempo ya que se viene notando esta exageracion en los sueldos pagados á los grandes artistas. Justamente tenemos en las manos un periódico de Italia, que consagra un largo artículo á esta cuestion que preocupa y aun escandaliza al público, y vamos á entresacar algunas cifras, las cuales darán á conocer que la exageracion de que tratamos va siendo ya de fecha antigua.

La Malibran recibia en Lóndres por cada representacion en el teatro de Drury-Lane 150 libras esterlinas.

La Grisi por cantar en York en una solemnidad musical 400 libras esterlinas.

Lablache por cantar dos veces recibió 150 libras esterlinas.

Hummel dejó á su muerte 375,000 francos y una gran cantidad de regalos preciosos obtenidos en todas las córtes de Europa, entre los cuales se contaban 114 relojes, todos de un valor crecido.

Al ilustre Rossini le ofrecieron en Italia un millon si queria cantar el papel de *Figaro* durante medio año.

En una noche ganó la Grisi en Lóndres 60,000 francos.

El segundo beneficio de la Taglioni en San Petersburgo la produjo 51,000 rublos (unos 40,000 pesos). Durante la representacion el emperador la mandó un ramillete de flores hechas con piedras preciosas. En Hamburgo esta artista se ajustó á razon de 3,750 francos cada noche.

Veinte y cuatro representaciones le dieron á Rubini en Roma 36,000 francos.

El periódico italiano á que nos referimos, olvida que la Jenny Lind ha ganado en Lóndres en una sola temporada un millon de francos.

Como cosa curiosa, y que lo es en realidad, inserta una carta de Paganini á M. Loveday en que reclama una cantidad de 26,400 francos en esta forma:

1º Por doce lecciones á la señorita, 2,400 francos.

2º Por haber tocado ocho veces en casa de M. Loveday, 24,000 francos.

Y el ilustre violinista la echaba de generoso; decia que no queria añadir á la cuenta las lecciones que habia dado á la niña á modo de conversacion cuando estaba comiendo, etc.

¡Sorprendámonos pues con tales antecedentes á la vista de que el señor Calzado pague á Mario 15,000 francos mensuales, y á Tamberlick le dé 40,000 francos por diez y siete representaciones!

Otro capítulo muy interesante del periódico italiano es el que trata de los casamientos de las artistas famosas para acabar de hacer comprender que no hay profesion en el mundo mas lucrativa y ventajosa que la de la gente de teatro: riqueza, gloria y nobleza, hé ahí la divisa de estos campeones del arte.

Citemos algunos de los casamientos extraordinarios de varias cantatrices, cómicas y bailarinas, siguiendo las indicaciones del periódico italiano:

Miss Mellen, que durante su infancia mendigó la subsistencia, y en su adolescencia siguió el arte cómico, abandonó el teatro para casarse con un rico banquero de Lóndres llamado M. Coutts, del cual heredó 200,000 libras esterlinas; despues contrajo segundas nupcias con el duque de San Albano, tercer duque del parlamento inglés, que descendia de la célebre Nelly Swid, favorita de Carlos II.

Miss Ceton fué duquesa de Boston.

Miss Faren condesa de Derby.

Miss Foot despues lady Harington.

Miss Burgton condesa de C. Saerven

Mlle Saint-Hourberi condesa de Entraigues.

Mlle Wensol condesa de Orloff.

Mlle Naldi condesa de Esparre.

Mlle Taglioni condesa Gilbert des Boisings.

Mlle Tossy duquesa Lugchesi Palli.

Mlle Enriqueta Sontag condesa de Rossi.

Mlle Sofia Cruvelli baronesa Vigier.

Mlle Alboni condesa Popoli.

Lola Montes condesa de Langdsberg.

Mme Ristori marquesa Caprani del Grillo.

Miss O'Neil vivió en la opulencia y fué conocida con el nombre de mistress Belchior.

Miss Mongsudote, mujer del riquísimo Balls, llamado vulgarmente Golden Balls.

La famosa bailarina María baronesa de Engueville.

Mlle Mercadolti, despues llamada María Duferne.

Mlle Rosalia Levassior, primera baronesa del Sacro Imperio, y despues condesa de Mercei Argenteur.

La Cleron princesa de Augspach.

Mlle Antonneta Lebrun, marquesa de Montreal.

La bailarina Forster, despues llamada Mlle Robin de Enghien.

Mlle Dumilatre condesa Clarke del Castillo.

Mlle Novello condesa Gigliuesi.

Mlle Librangdi, casada con el ministro de Estado portugués Avila.

Mlle Palmira vizecondesa de Thannberg.

Tambien las figurantas y coristas han hecho casamientos importantes.

Mlle Rim casó con M. Normand de Etioles, viudo de Madame de Pompadour.

Julia Careon casó con Talma.

Masarelli llegó á ser marqués de Saint-Chaumont.

La emperatriz Teodora antes de ser esposa de Justiniano fué cómica.

La actriz viuda del escritor Molken se unió en matrimonio con el feld-mariscal príncipe Carlos de Baviera, hermano del rey; la primera mujer de este príncipe fué tambien prima donna, y recibió en su casamiento el título de condesa de Baserdorf.

Para completar este cuadro de las grandezas de la vida artística, el periódico italiano olvidó señalar lo relativo á la gloria. Es verdad que habria tanto que decir, que los triunfos y ovaciones de una sola de estas celebridades ocuparian muchas páginas. La historia de lo que hicieron los americanos con la célebre Jenny Lind suministraria abundante materia para un libro.

Dicen que los pueblos meridionales son dados á la exageracion cuando se trata de manifestar sus sentimientos; pero en esto de celebrar las glorias del arte, no creemos que el Norte viene despues del Mediodia. Hé aquí un caso que lo prueba, advirtiendo que es relativo á una cantatriz que tenia en el momento á que nos vamos á referir, en 1823, setenta y tres años cumplidos.

Llamábase Elisa Mara. Nacida en el Cassel, poseia desde la infancia un talento notable en el violin, tanto que á la edad de diez años salió á tocar en un concierto y fué muy aplaudida. Despues su padre se fijó en Lóndres, y Elisa renunció al violin para entregarse exclusivamente á la música vocal, con cuyo fin se puso en manos del maestro Paradisi.

Admirablemente dotada por la naturaleza, hizo en el canto tales progresos que á la edad de quince años pudo presentarse ante la córte de Francia, obteniendo en ella un triunfo prodigioso.

Recorrió la Italia, la Alemania, la Suiza y la Inglaterra, alcanzando por todas partes aplausos frenéticos; los dilettanti la preferian á la Todi, pues en aquella época aquellas dos rivales habian dividido el mundo musical en dos campos opuestos.

En fos funerales de Hændel celebrados en Lóndres Elisa Mara fué elegida de primera cantatriz, y toda la concurrencia admiró en extremo el metal puro y brillante de su voz, la ligereza y facilidad con que ejecutaba las vocalizaciones más difíciles. Nadie podia oirla sin conmovirse y sin celebrar su talento con delirio.

Despues de haber recibido los aplausos de toda Europa, la eminente artista que cantaba con igual superioridad en alemán, en francés, en italiano y en inglés, volvió á su ciudad natal para terminar allí en el reposo y en los goces de la riqueza una carrera bien larga ya; era, como hemos dicho, en 1823.

En cuanto la electora de Cassel supo que habia llegado Elisa Mara, la invitó para que concurriera á su círculo. Al punto que se presentó la colmaron de adoraciones y de homenajes, y la pidieron que cantase alguna cosa.

— Con mucho gusto lo haria, respondió ella humildemente y sonriendo; pero ya no soy ni la sombra de lo que he sido.

La electora insistió, y Mara no tuvo mas remedio que acceder á sus reiteradas súplicas.

Elisa dejó maravillado á su noble auditorio desde las primeras frases que salieron de su garganta; conservaba su excelente método y casi toda la fuerza y el brillo de su voz.

Al otro dia los dilettanti de Cassel fueron á casa de su compatriota, y la rogaron asistiera á un concierto que querian dar en su honor.

La electora se hallaba en la sala, y cuando vió entrar á la artista, se levantó, la salió al encuentro y la ofreció un sillón que estaba junto al suyo.

Despues del concierto hubo gran cena.

Ya todos los presentes habian perdido la esperanza de oír á la célebre cantatriz de setenta y tres años, cuando ella con sorpresa general se acercó al piano, y cantó algunas cavatinas de fuerza (género en que descollaba), acompañándose ella misma.

El frenesí de los melomanos de Cassel no puede describirse.

Se decidió que en el mismo sitio en que Elisa Mara acababa de cantar, se levantaria un monumento que atestiguara el prodigio.

El monumento consiste en un medallon de bronce con el busto de la cantatriz, acompañado de una inscripcion incrustada en la pared.

Basta este hecho para demostrar que el entusiasmo producido por los artistas, no es cosa de un país determinado, sino de todos los países, y quizá podriamos añadir de todas las épocas.

MARIANO URRABIETA.

La buenaventura.

Gitanilla de negros cabellos
Que enredando las almas en ellos
Recorres la villa
Quitando pesares:
A la de ojos rasgados y bellos
Que amo yo, vé á decir, gitanilla,
Tus dulces cantares.

La dirás que te muestre su mano;
Y si tu arte no invocas en vano,
Sorprende, gitana,
Sus sueños de amores;
Adivina hasta el último arcano;
Dime, maga, el galan que mañana
Tendrá sus favores.

Y al decir la buenaventura,
Peregrina, sin miedo asegura
Que mi alma la adora,
Que muero por ella;
Porque no hay en la villa hermosura,
Ni en la fértil campiña pastora
Mas pura, mas bella.

Una tarde la ví en el sotillo,
Porque audaz la llevó el rebocillo
La brisa ligera
Que mece las flores;
Cautivóme su encanto sencillo:
Desde entonces, ha un año, hechicera,
Que muero de amores.

Desde entonces, aun de ella distante,
Cual la verde palmera á su amante
Mi pecho la envia
Su tímida queja;
Desde entonces, por verla un instante,
Muchas noches sorprendeme el dia
Cantando á su reja.

Repicó la gitana el pandero,
Sonrióse, y un aire ligero
Cantó maliciosa
Con gracia y soltura.
A otro dia vendió al caballero
Los secretos de amor de su hermosa,
La buenaventura.

JUAN A. VIEDMA.

ODA.

A UNA DAMA QUE DEJO AL AUTOR POR UN TUERTO.

Entóldese mi musa
Con mas justa razon que la del griego,
Y si hacedlo rehusa,
Porque ha cantado ya de un niño ciego,
El sugeto mejora,
Pues de un tuerto y crecido canta agora.
Vuelve, señora mia,
Aquesos soles de tu cielo adorno,
Y mas claro que el dia
Verás de tus amores el retorno,
Cuando en tu calle asoma
Del un lado Cartago y de otro Roma.
Tu gusto se deshace,
Vencido dejas el coral del labio,
Que si al que un tuerto hace
Suelen decirle que comete agravio,
Que á tí te agravia es cierto,
Pues mirándote está y haciendo el tuerto.
Todo en tu humor desdice,
Que si al que amor le rinde sus despojos
Comunmente se dice
Que entró su amor, Marfisa, por los ojos,
Tendrá poco ó ninguno,
Pues para entrar amor no halló mas de uno.
Yo no sé lo que viste
Cuando por tales ojos me dejaste,
O qué presagio triste
En su ventura y mi desdicha hallaste,
Si no te ha parecido
Mirándole de lado otro Cupido.
Goza el tuerto Narciso,
Que lleva de un derecho lauro y palma,
Que me dicen que quiso
Como los ojos son puertas del alma,
Tener una encubierta,
Por tener falsa y principal la puerta.
A los que preguntando

Van por tu nuevo gusto y su ventura,
Los del cielo imitando,
Responden los que saben de escritura
Que tiene este tu dueño
Grande el un luminar y otro pequeño.
A tus hermosos ojos
Los suyos, aunque turnos, te ha vendido
El alma por despojos,
Con los hermosos tuyos has vencido;
Yo no sé qué deseas,
Pues venciste otro turno como Eneas.
Consuélame una cosa,
Aunque parezca en mi sugeto extraña,
Que si tu boca hermosa
Vencida del amor que la acompaña,
Quisiere darme enojos,
Que por lo menos no dirás: mis ojos.
Tuerta cancion, si acaso
En el camino encuentras á mi dueño,
Enderezando el paso
Dile que ponga de la frente el ceño
Junto, porque eres mia,
Porque un derecho á su deidad te envia.

JUAN DE VALDÉS Y MELENDEZ.

Los Uled-Nail.

Damos en la página siguiente un dibujo que representa un grupo de mujeres libres de la tribu sahariana de los Uled-Nail. Esta tribu suministra una gran cantidad de mujeres que se trasladan á las cercanías de las poblaciones del Sahara cuando hay ferias ó mercados. La afluencia considerable de mercaderes ambulantes y de viajeros, gentes que no tienen los hábitos de la familia, ha producido una relajacion de costumbres que en ciertos sitios se practica en grande escala. Bajo los muros de Tugurt hay un cerro entero consagrado al campamento de las cortesanas errantes.

Entre todas las tribus la de los Uled-Nail presta mayor contingente á esa tropa particular; pero sin insistir mas en este asunto, diremos cuatro palabras sobre la importante fraccion de las poblaciones del Sur que acabamos de nombrar.

Los Uled-Nail forman una poderosa tribu errante por toda la region situada entre los oasis de Biskra, Bu-Saada y Lar'uat. Dividese en un crecido número de fracciones, y cada una de ellas dirigida por su cheikh está casi siempre en movimiento en el círculo que la atribuye la tradicion. Su riqueza consiste en ganados (camellos y carneros), habiendo jefes de tribus que poseen hasta muchos centenares de dromedarios.

El producto de la lana de los carneros y camellos, así como el de las telas que se tejen en la tienda, le basta á la tribu para la compra de los granos y otros artículos que necesita. Los Uled-Nail tienen hermanos ó socios establecidos en las aldeas de los oasis que guardan las provisiones de cereales ó de dátiles.

Acostumbrados ellos al aire libre y á una vida de movimiento continuo, desprecian al habitante de las poblaciones; ponderan sobre todo los goces de su existencia en la primavera, cuando la tierra está cubierta de plantas olorosas, cuando los manantiales son abundantes y los ganados se hallan en buen estado.

En tanto que la tribu desfila con el mayor orden llevando á la cabeza los bagajes del jefe, sus banderas y los palanquines de sus mujeres, los ginetes corren las gacelas con sus perros, ó se ejercitan en la caza por medio del halcon; los enamorados dan pruebas de habilidad ecuestre para obtener aplausos de sus novias.

Cuando el calor llega á ser intenso, algunos grupos se establecen en torno de los puntos del Sahara donde hay agua siempre; otros van al Tell para hacer las compras anuales de granos.

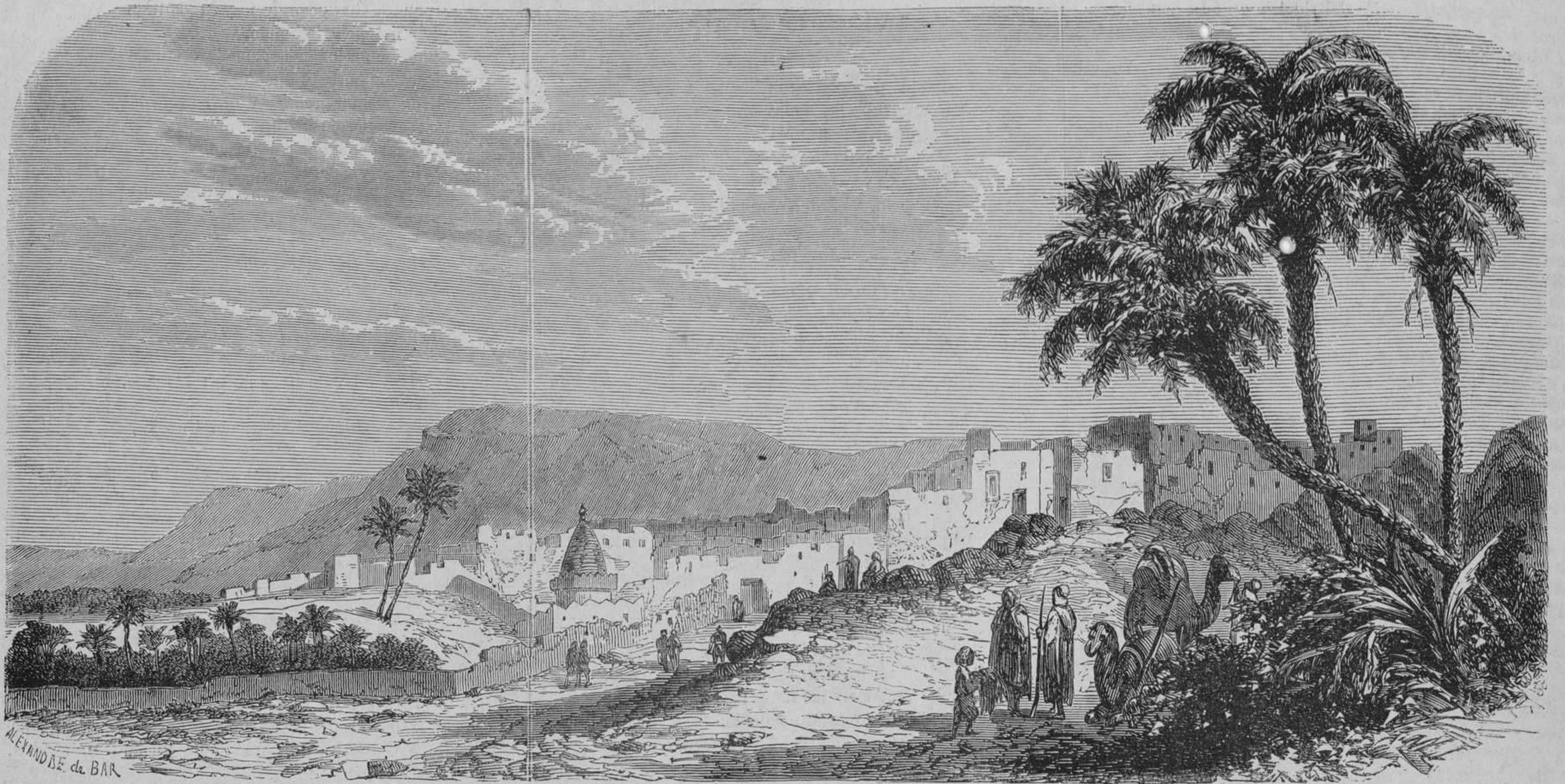
Los Uled-Nail, que frecuentan todos los grandes mercados del Sahara, y entre otros los de Tugurt, Biskra y Lar'uat se muestran sobre todo en el de Bu-Saada que es uno de los mas considerables de la Argelia.

En esa pequeña poblacion que se ve representada en nuestro dibujo, se cambian continuamente los productos del Sur por los del Tell, principalmente por los objetos de mercería, platería comun y comestibles; allí como en la mayor parte de los centros africanos, los judíos son los que se entregan á ese comercio de detalle, siendo al mismo tiempo cardadores de lana, tintoreros, sastres, bordadores, etc.

Las grandes tribus saharianas se hallaban en otro tiempo en cruda guerra; la autoridad turca se cuidaba poco de estos desórdenes; pero hoy que la condicion principal impuesta por los franceses á sus nuevos súbditos es la tranquilidad del país, los conflictos abundan menos.

Una de las antiguas causas de guerra, además de las disputas por los pozos y los pastos, era esta: una tribu errante cuyo territorio tocaba al Tell, se aprovechaba de su posicion, exigiendo que las tribus que vivian mas al Sur y que tenian que pasar por su territorio para ir á hacer sus provisiones de granos, pagasen un tributo.

Recuerdo sobre esto una anecdota muy característica. Hace unos quince años cuando tenian lugar las primeras sumisiones del Sahara á los franceses, una diputacion de una de las tribus mas meridionales, se presentó á uno de los generales que mandaba en el Sur, diciendo:



VISTA DE BU-SAADA EN ARGELIA.

« Señor, ahora que somos tus súbditos y estamos dispuestos á ejecutar tus voluntades, venimos á someterte nuestras quejas y á implorar tu proteccion. Con frecuencia hemos estado en guerra con los Uled-X... de tu mando, por los derechos de paso; ahora bien, hace algunos años estipulamos esto: cuantas veces teniamos que atravesar el pais para hacer nuestras compras en

el Tell, debiamos llenar de duros la bota de uno de los ginetes del caid de los Uled-X... Durante algun tiempo estuvimos acordes; pero luego la bota fué creciendo cada año, y en fin el año último, hé aquí lo que debiamos llenar; juzga si es este el calzado de un hombre.»
Y el orador arrojó á los piés del general una bota gigantesca que sacó de debajo de su albornoz.

A propósito de esta bota me viene á la idea que será muy difícil repartir el Sahara en pequeñas propiedades y reunir las en pueblos, como se ha dicho en ciertos periódicos. Puede ser que en el Tell se alcance este resultado, á fuerza de tiempo y de prudencia; pero en el Sahara es imposible fijar una poblacion errante en un rincón de algunas leguas cuadradas. F. H.



MUJERES DE LOS ULED-NAIL.

Nuevo jardín reservado del palacio de Tullerías.

El jardín del palacio de Tullerías tal como Le Nôtre le ejecutó en virtud de las órdenes de Luis XIV, ha sido modificado muchas veces por los sucesores del gran rey; sin embargo, esas modificaciones solo han tenido lugar en los extremos del jardín. Así es que los parterres y cuadros de delante del edificio, dibujados en un principio por simples líneas de boj, recibieron mas tarde un cercado rústico de madera que en tiempo del Imperio y la Restauración fué reemplazado por balaustradas de hierro con enverjado. A pesar de todos estos cambios el paso entre el terrado de los Feuillants y el de la orilla del Sena quedó siempre libre al público hasta el reinado de Luis Felipe, en que se hizo allí un paseo particular para el soberano y su familia.

Esa parte reservada acaba de aumentarse notablemente por la línea que parte del tunel practicado bajo el terrado de la orilla del Sena para servir de nueva entrada al jardín (véase nuestro número 306), y se continúa directamente hasta la avenida principal llamada de los naranjos para desembocar en la verja de la calle de Rívoli, enfrente de la calle del Delfín.

La parte reservada, que comprende ahora en su recinto las dos fuentes que se hallaban en medio de los parterres, ha sido dibujada á la francesa en compartimientos de césped orlados de enredaderas, de flores y de arbustos, y adornados simétricamente con pedestales que sostienen los jarrones y estatuas que formaban la antigua decoración.

En frente del palacio están el Baco indio, la Venus púdica, la Diana cazadora y el Apolo del Belvedere, magníficos bronce fundidos por los Keller. La calle que se abre al frente del pabellon principal llamado del Reló, se termina en un lado por la Flora y el Flautista de Coysevox y en el otro por el rapto de Cibele y el de Orístia, grupos de mármol esculpidos por Regnaudin y Flamen; las ninfas y otras divinidades mitológicas, debidas al cincel de Coustou, rodean los pilones de las fuentes; por último la cabeza de la línea se halla consagrada á la escultura moderna.

Esta nueva disposición no modifica de un modo sensible el aspecto que presentan los antiguos parterres, pero hace que el público no pueda atravesar como antes esa parte del jardín en línea recta.

G. F.

Revista Española.

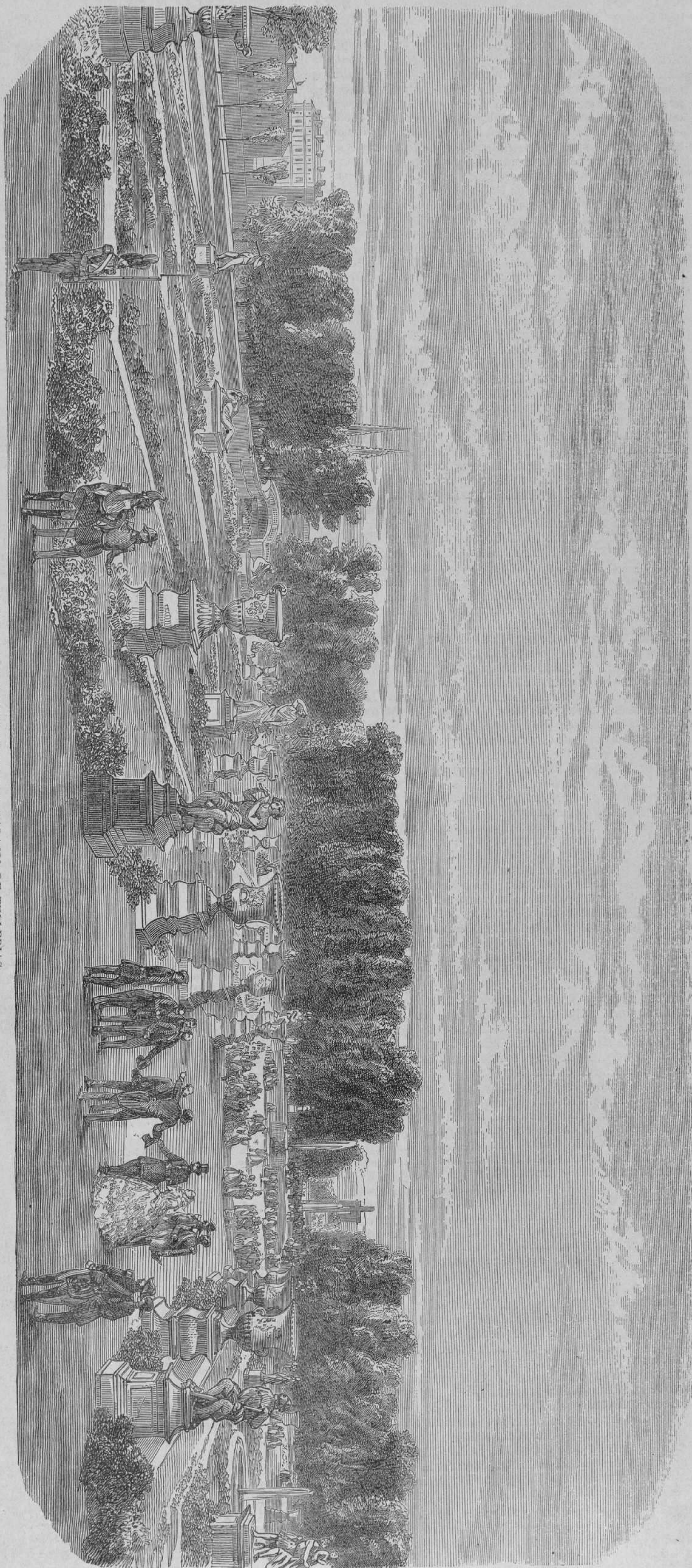
La estrella de rabo. — Las universidades abiertas. — El salon de la Central. — Exposición de pinturas. — Besamanos. — Teatros. — El Real y la nueva compañía. — Zarzuelas estrenadas. — El Circo convertido en puerto de mar. — Estrenos en Novedades. — Apertura del Príncipe. — Noticias del conde de Villamediana. — Un nuevo drama del señor Hartzenbusch. — El cometa se marcha.

Una hermosísima estrella adornada con luminoso mirriñaque, ó cola que llamaba el vulgo, atraía la atención general durante las primeras noches de octubre. Desde que el sol se escondía entre las purpúreas cortinas de su lecho todos los vecinos de Madrid, y presumo que lo mismo harían los de otros puntos, doblábamos la cabeza, ó mejor dicho, el pescuezo hácia la espalda, apuntando al cielo con las narices. ¡Qué de explicaciones se oían por todas partes! ¡qué de comentarios sobre las virtudes y los vicios de la misteriosa estrella, que cercada de infinitos luceros, amantes y admiradores suyos á no dudarlo, caminaba impasible y majestuosa por el oscuro horizonte sin tropezar en las veleas y chimeneas, que parecían estorbar su paso. Una mamá enseñándola á tres de sus pimpollos, que entonaban un terceto de llores, cuyo fin moral era pedir dulces, les aseguraba que aquello era el *coco* que venía á llevar á los niños malos; un quidán desafecto al gobierno veía en el cometa una señal divina que anunciaba la muerte del gabinete; mientras una vieja sostenía que las estrellas de rabo eran siempre indicadores de que aun falta el rabo por desollar en materia de males y desventuras, y que por tanto detrás de aquella cola venían la fiebre amarilla, el cólera y la guerra; pero una niña bonita que escuchaba tal relacion se sonreía recordando haber oído á su mamá que el año en que se casó tambien asomaba un cometa las narices.

Los sabios en tanto alargando su vista dos varas mas allá de los ojos por el cañon de un telescopio se hacían los interesantes describiendo el itinerario que habia de seguir aquella blanca chispilla por el espacio, y contándonos su historia y sus costumbres, en lo cual podían despacharse con toda libertad. Como la ciencia tiene siempre decidido empeño de despoetizarlo todo, dábanse varias explicaciones de lo que es un cometa, pero á mí no me satisface ninguna. En el caso presente estoy persuadido de que la brillante lucecita seguida de una ancha ráfaga no es ni mas ni menos que un rasgon hecho en el cielo por la diosa de la noche para brujulear los regocijos nocturnos europeos, y tambien para oír hablar en círculos, casinos y *clubs* de las fancias que se celebran á la luz del día.

Y si esto es así, como no lo dudo, muchas cosas habrá podido ver desde su observatorio la diosa de la noche, durante octubre, que ha sido mes muy fecundo en novedades. No habrá dejado ciertamente de oír hablar de la apertura de las universidades de España, celebrada con toda pompa el día primero segun costum-

NUEVO JARDIN RESERVADO DEL PALACIO DE TULLERIAS.



bre; y siendo así, alguna conversacion llegaría á sus oídos en que se tratase de una nueva mejora introducida en la de Madrid. Esta universidad es, no solamente la mejor de España, sino una de las mejores de Europa. Situada en el mismo terreno que ocupaba el convento llamado del Noviciado, por haberlo sido de los jesuitas, encierra en una grande extension espaciosas y bien preparadas cátedras, una biblioteca, que es la especial de las facultades de jurisprudencia y teología, y contiene 22,000 volúmenes, y todos los departamentos, en fin, necesarios para la enseñanza. Allí hay gabinetes de física, química é historia natural, y un jardín botánico con 320 especies de plantas y mas de mil tiestos, preparado en poquísimos tiempo; allí diferentes salones adornados con espléndido gusto, que sirven para conferir grados de bachiller y licenciado en las varias facultades, y allí llama la atención la magnífica sala destinada á las aperturas de curso y á las investiduras de doctor. Este lujoso recinto, sin rival tal vez en Europa entre los de su clase, comprende una extension de 36^m 12 de longitud por 15^m 40 de latitud, siendo su planta casi elíptica y recordando en su ornamentacion la época mas brillante de las artes españolas. Sobre un basamento de escayola se alzan veinte pilastras, en las cuales la mano del escultor grabó en simbólicos adornos alegorías de la enseñanza. Por ellos se divide el muro en otros tantos compartimientos tapizados de seda carmesí, y un ancho friso corona y rodea tan suntuoso edificio, ostentando en medallones dorados los venerables semblantes de varios sabios españoles. Alfonso X, el cardenal Cisneros, Luis Vives, Melchor Cano, Covarrubias, Campomanes, Antonio Agustín, Arias Montano, Mariana, Lope de Vega y el Brocense, glorias de la teología, del derecho, de la filosofía y de la literatura alternan allí con Jorge Juan, Vallés, Agüero, Ruiz Lopez, Carbonell y Cabanilles, timbres de la astronomía, de la química y de las ciencias naturales.

Una novedad, como he dicho antes, ha embellecido aun mas aquella espléndida sala: en las vacaciones del verano los señores Espalter y Ponzano, autor aquel de los retratos referidos y este de la escultura de las pilastras, han puesto fin al ornato del salon embelleciendo el techo con los frutos de su ingenio. — Veinte grandes medallones, de forma circular ocho de ellos, y doce octogonales representan, aquellos personajes eminentes en diversas ciencias, y estos la teología, jurisprudencia, filosofía, medicina, literatura, administración, historia, farmacia, ciencias naturales y astronomía. En los dos restantes aparecen Isabel la Católica, como fundadora de la universidad de Alcalá, é Isabel II como creadora de la de Madrid.

A cada una de estas figuras cercan cuatro retratos de menor tamaño representando hombres distinguidos en las ciencias á que aquellas se refieren, y mas abajo lucen los escudos de armas de todas las universidades de la península y de la Habana y Filipinas, alternados con los retratos de sus fundadores.

Tal es el salon de la universidad central: SS. MM. la reina y el rey se dignaron visitarle la víspera de la apertura, quedando muy complacidos, y manifestándolo así en presencia del ministro de Fomento, del rector, marqués de San Gregorio, de los decanos de las facultades, del arquitecto de la universidad don Juan José de Urquijo, y de los señores Espalter y Ponzano.

De todo esto habrá oído hablar la señora Noche desde su mirador, y es de presumir que tambien tenga noticias de la exposicion de pinturas, ó tal vez que la haya visto á la luz de la luna por la ventana de cristales que cierra el patio del Ministerio de Fomento, convertido en salon espacioso y bien preparado. Muchos años hace que no se presentaba una exposicion tan numerosa y á la vez tan escogida, siendo además notable porque casi todos los expositores empiezan ahora á darse á conocer, indicando cuánto pueden prometerse las artes si continúan por tan buen camino.

Diferenciase además esta exposicion de otras anteriores en componerse casi exclusivamente de cuadros de composicion. Aquella multitud de retratos que aparecen en otras no existe en la presente, que apenas contará una docena de ellos, numerándose por cientos los asuntos de historia y de fantasía. Mas largo espacio del que proporciona mi revista se necesitaría para describir á mis lectores los muchos lienzos que llaman con justicia la atención en el patio de la Trinidad: el público acude gozoso todos los dias á aquel sitio á contemplar los deliciosos paisajes del señor Haes; *El entierro de don Alvaro de Luna*, obra de don Eduardo Cano; un pintor pensando entre cadáveres cierto cuadro que existe en Sevilla; un Prometeo y otra porcion de lienzos notables.

Las artes en fin pueden estar orgullosas al mirarse tan llenas de vida, y la España proclamar á la faz del mundo que el genio que guiaba el pincel de Velazquez, de Murillo y de Alonso Cano aun sabe guiar otros, y aun se goza en vivir en nuestro suelo.

Para ver otra exposicion de lujo y de bordados dieron motivo á la Noche los besamanos y los bailes tenidos en palacio con motivo de los cumpleaños de la reina y el rey los dias 4 y 10 de octubre. Desde su alto escondite, ó sea desde el corceta, oíría las músicas de los regimientos que forman la guarnicion de Madrid, tocando en ambas plazas de la regia mansion, y vería la multitud de coches que las llenaban, los fogosos caballos con dorados arreos y pintados penachos, y los lacayos vestidos de máscara á la Luis XIV con peluca blanca y casacon bordado, que es la mejor diablura que ha podido ocurrirse á los mortales.

En los suntuosos salones de palacio contemplaría

como otras veces la respetuosa pompa que cerca siempre al trono español en tales actos, y la riqueza de vestidos y uniformes.

Muy divertidas ha podido pasar la Noche las horas de su reinado á fuerza de funciones teatrales. Todos los escenarios de Madrid han resonado con la voz de los actores durante octubre, variando frecuentemente sus funciones, y dando al público algunas novedades. Creo que no dejará de oír con placer aquella oscura señora desde su alto mirador los ecos de las óperas del Teatro Real, llevados en brazos de las áuras. Y lo pienso de este modo, porque la nueva compañía ha logrado gustar á los madrileños. La señora de Giulí y el tenor Bettini eran ya conocidos en aquel mismo teatro, y en él habían visto frecuentemente recompensado su mérito con estrepitosos aplausos; pero la señora Kennet, que nunca había hecho gorgoritos en España, consigue que la llamen á recibir plácemes y palmadas cinco ó seis veces siempre que canta la *Sonambula* ó la *Lucia*, lo cual prueba que nos ha caído en gracia.

Lo mismo sucede con nuestro compatriota el tenor Carrion, que en ambas óperas comparte con ella justamente los honores del triunfo. Pero en lo relativo á la contralto y á los bajos y barítonos no ha tenido tanta fortuna aquella empresa, porque en honor de la verdad, ninguno de los que ha presentado es capaz de entusiasmar ni de hacer que demos al olvido los de los años anteriores, si se exceptúa al señor Bertolini, que se estrenó con el *Hernani*, lo mismo que la señora Leman, joven que empieza entre nosotros su carrera.

De modo que hasta ahora se han hecho en aquel coliseo cinco óperas: *Traviata*, *Lucia*, *Sonambula*, *Lucrecia* y *Hernani*, mereciendo todas, excepto la penúltima, dejar satisfecho al auditorio.

Cuatro estrenos ha visto la Noche en el teatro de la Zarzuela, dos de ellos de piezas en un acto bautizadas con los nombres de *El cocinero* y *Un primo*, y los otros dos de dos obras líricas en tres actos que llevan por título *La perla negra* y *la Dama blanca*. De las primeras solo *El cocinero*, que es traduccion del señor Camprodon, con música del señor Fernandez Caballero, ha logrado hacer gracia: que *El primo*, recibido con frialdad, ni aun nos ha dicho el nombre de sus padres.

La perla negra parece, á lo que dicen, que está tomada de un melodrama francés llamado *Gastibelza, ou le fou de Tolède*, y es su autor don Luis Mariano de Larra, habiendo escrito la música don Mariano Vazquez. No referiré á mis lectores el argumento de esta obra, pero sí les diré que pareció demasiado formal á los espectadores, que están acostumbrados á ver en aquella escena lances mas alegres, y á oír, no tristezas y gemidos, sino chistes y carcajadas. Pasó ya el tiempo en que hacian furor los dramas á lo Bouchardy, y siendo así, claro está que tales asuntos han de gustar menos aun puestos en zarzuela, género bullicioso y jugueton por naturaleza. Por lo demás en *La perla negra* hay un duque traidor de profesion, que manda por pura filantropía á las aldeanas bonitas que vayan á visitarle; otro noble perseguido; una señorita sin miedo, destinada á preparar el desenlace, y unos papeles escondidos que han de hacer la felicidad de los protagonistas y del público, y que no aparecen hasta lo último, según costumbre de melodrama.

Con este libretto claro está que el compositor no podia hacer cosa que llegara á ser popular, y así ha sucedido: los espectadores han dado aplausos á varias piezas de aquella música, exclamando al mismo tiempo que la creían mas próxima á la ópera que á la zarzuela. Pero de todos modos la *Perla negra* se ha sostenido en presencia del público, cosa que no ha logrado tan fácilmente la *Dama blanca*, obra póstuma del compositor Sanchez Allú.

El Circo se presentó á los ojos de la Noche, primero desgraciado y luego metido á especulador. Hicieron su desgracia un drama en 3 actos y verso llamado *Don Alfonso el Sabio*, que murió trágicamente la primera vez que se presentó en las tablas, y una pieza traducida del francés con el nombre de *el Rival de charol*, que tambien tuvo poca fortuna. Pero en cambio preparáanse á favor de aquella empresa dias de júbilo en que lloverán duros sobre sus despachos de billetes con la llegada á Madrid de un bergantín pirata. No vayan á creer por esto mis lectores que se ha hecho puerto de mar por arte mágico la corte de España; no, nada de eso: el referido buque pertenece á cierto *hijo de la noche*, aborto de la literatura que ha venido de Paris, descansando algún tiempo en Barcelona. Examinar semejante drama con los lentes de la crítica sería gastar el tiempo: aquello es un catálogo de crímenes puesto en acción, donde hay mujeres en estado interesante sin autorización legal, asesinos que á ser mas largo el drama acaban con todos los actores, y empiezan á despachar espectadores al otro barrio, islas desiertas, tempestades en alta mar, abordaje y cañonazos. En fin, con tal cosaza la compañía que cuenta mayor número de buenos actores está profanando el teatro del Circo y convirtiéndolo en escuela de náutica y en cosmorama. Sin embargo, en honor de la verdad debe decirse que el aparato escénico es bueno, y que el famoso buque maniobra en el cuadro 6^o con toda la gracia y verdad posibles, si bien un navío surcando las ondas en un escenario se asemeja mucho á un pez que nadase en una copa de agua.

La gratitud y el amor es el nombre del único drama estrenado durante el mes en el teatro de Novedades. Lo sencillo de su argumento ha hecho que la Noche no haya podido verle mas que cinco ó seis veces, si bien los espectadores le oían con gusto, y llamaron en la primera al autor, que es don Rafael Galvez Amandi, ya

conocido por otras producciones dramáticas. Redúcese aquel cuadro á pintar dos hermanas enamoradas al mismo tiempo de un joven que fué su amigo de infancia, ponderando los sacrificios que hace la una de ellas para ceder el novio á la otra. La accion resulta pues lánguida, si bien la versificación es fácil y agradable.

Tres piezas en un acto precedieron á esta obra en aquel coliseo: una de ellas titulada *De cocinero á ministro*, nueva en Madrid, aunque no en las provincias, y las otras dos recién traducidas del francés por los señores Olavarría y García Gonzalez respectivamente con los nombres de *En paños menores* y *El novio al óleo*. Ninguna de ellas dará seguramente muchas entradas.

Tampoco ha dejado contento al público otra pieza en un acto estrenada en el Príncipe con el extraño título de *Géneros ultramarinos*. Pero este teatro, que de propósito he dejado para el último lugar, ha sido el que ha llevado la palma en el mes de octubre; el que ha presentado la mejor obra dramática. *Vida por honra*, nuevo drama del señor Hartzbusch, ha servido para la inauguracion de la compañía dirigida por Valero, y si yo dijera que tal obra es verdaderamente notable, no diré nada nuevo á mis lectores, que saben como yo cuánto ingenio y cuán excelente gusto tiene el señor Hartzbusch, honra de nuestra escena moderna. Empezando porque el drama mantiene al auditorio en constante interés desde que el telon se levanta hasta el magnífico final del acto tercero, siguiendo porque los caracteres están trazados de mano maestra, y concluyendo por lo bien escrito de la obra, apenas habrá quien tenga para esta otra cosa que elogios. Además el señor Hartzbusch, poniendo en escena la verdad histórica, retrata con los colores que tuvo el original un personaje embellecido por la tradicion, devolviendo al mismo tiempo á una señora su honor, calumniado, no por los que vivian cuando ella, sino por una extranjera que tuvo la humorada de escribir algo despues sobre lo que vió en España y sobre lo que oyó contar, según dice.

Efectivamente, fundados en lo que refiere la condesa d'Aulnoy en su viaje, han creído algunos poetas hallar excelente asunto para sus fantasías en los amores supuestos del conde de Villamediana y de la reina Doña Isabel de Borbon, primera mujer de Felipe IV. El duque de Rivas los ha popularizado tambien en sus bellísimos romances, y mas aficionada la humana condicion á lo poético y extraordinario que á lo cierto y verosímil, miró con mayor gusto el retrato del caballero valiente, franco y generoso, que el del noble deslenguado, calumniador y lleno de vicios; vió mas apropósito para la leyenda la muerte dada de orden del rey al galanteador de su soberana, que el asesinato misterioso del maldiciente, cuya pluma á nadie perdonaba.

Pero ¿quién era ese conde de Villamediana? preguntará tal vez alguno de mis lectores. Voy á decírselo. Don Juan de Tascis y Villaruel, conde de Villamediana, hijo del de Oñate, correo mayor de España y Nápoles, era en su tiempo la personificación de la crónica escandalosa de Madrid; los comediantes, los hombres públicos, que ahora se dice, y todas las demás personas que por cualquier concepto se daban á conocer, eran objeto de sus sátiras sangrientas. Pero él tampoco se libró de ser juzgado severamente. Quevedo en los *Grandes anales de quince dias*, hablando de su muerte, dice «que pudiendo y debiendo morir de otra manera por justicia, habia sucedido violentamente, porque ni en su vida ni en su muerte hubiese cosa sin pecado,» añadiendo que «solicitó su herida y su desdicha con todas sus coyunturas y el castigo con todo su cuerpo, y que todo lo que vivió fué culpar á la justicia en su remision y á la venganza en su honra; y que cada dia que vivía y cada noche que se acostaba era oprobio de los jueces y de los agraviados.»

Así hablaba de Villamediana el gran satírico español, castigando en algun modo la maledicencia de aquel que á nadie dejó sin su epigrama mas ó menos punzante. Nada efectivamente pasaba en Madrid sin excitar la musa provocadora del conde. Una vez dirigia un soneto á cierto matrimonio de comediantes en esta forma:

Morales el autor de comedias reprende á Josefa Vaca.

Oiga, Josefa, mire que ya pisa
Esta corte del rey; cordura tenga;
Mire que el vulgo en murmurar se venga
Y el tiempo siempre sin hablar avisa.

(Levantando un garrote).

Por esta dura y eficaz divisa
Que de hablar con los principes se abstenga,
Y aunque uno y otro duque á verla venga
Su marido no mas, su honor y misa.

Dijo Morales, y rióse un poco;
Mas la Josefa le responde airada:
«¡Oh! ¡leve el diablo tanto guardaalcoco!
¡Mal haya yo si fuese mas honrada!»
Pero como ella es simple y él es loco,
Miró al soslayo, fuese y no hubo nada.

Hablando de otra cómica la ensalzaba de este modo:

Atienda un poco, Amavilis,
Mariquilla ó Maricaza,
Milagron del barrio vulgo
De pico y narices larga;
Mas confiada que linda,
Y necia de confiada,

Por presumida insufrible
Y archidescortés por vana.

Tu original nobleza
Todos sabemos que emana
Del albergue de los negros
Y de un cajón de la plaza.

Representate á tí misma
Sin esa vana arrogancia
El papel de conocerte,
Y así no errarás en nada.

Hé aquí el epitafio que dedicaba á don Rodrigo Calderon con motivo de su trágico fin :

Aquí yace Calderon ;
Pasajero, el paso ten,
Que en hurtar y en morir bien
Se parece al Buen ladrón.

En alabanza de un tribunal decia :

Para mi condenacion
Votaron un pleito mio,
Un borracho y un judío,
Un cornudo y un ladrón.

¿Qué extraño es que el hombre que de tal modo se expresaba encontrase un castigo sangriento? ¿hace falta para explicar su asesinato suponerle galanteador de la reina?

El dicho de *son mis amores reales*, puesto por el conde en una de sus poesías, con la contestacion de *pues yo te los haré cuartos*, atribuida al rey, y la anécdota que supone haber exclamado la reina, *estaos quieto, conde*, al sentir en cierta ocasion que un hombre (que no era otro que el monarca) la tapaba los ojos con la mano, son preciosos adornos para una leyenda, como poéticamente lo ha probado el señor duque de Rivas; pero me parece que la condesa d'Aulnoy como tales los admitiría solamente, y no como verdades históricas.

Además, cuando Villamediana fué asesinado (21 de agosto de 1622) Felipe IV tenia 17 años, y la reina casi la misma edad, mientras Villamediana era hombre mas que crecido. ¿Es posible que una mujer de aquella edad prefiriese las gracias añejas del conde á la gallarda presencia y juveniles gracias de su marido?

Y si este para vengar su honor pagó un asesinato, ¿cómo se puede creer que dejara imprimir despues de la muerte del conde un tomo de sus poesías en que está lo de «son mis amores reales» y el romance

Francelisa, cuyos ojos
Mi culpa y disculpa son,
Dulcísimo laberinto
Del que en ellos se perdió.

Airosísimo peligro,
Y en el peligro mayor
Menosprecio de la vida
Y luz de la estimación?

En fin, sea la verdad la que fuere, lo cierto es que volviendo Villamediana una tarde en coche de paseo con don Luis de Haro, hermano del marqués del Carpio, al llegar cerca de su casa salió un hombre de los soportales que hoy llaman de *Manguiteros*, y haciendo parar el carruaje, *dió al conde tal herida que le partió el corazón*, como dice Quevedo. Villamediana, desenvainando la espada y diciendo *esto es hecho*, se arrojó al suelo, quedando muerto en el acto y siendo conducido, ya cadáver, al inmediato portal de su casa, donde multitud de gente acudió á contemplarle.

El señor Hartzzenbusch, al poner en escena este personaje, le pinta enamorado de una virtuosa jóven, llamada Paula Reina, que vende dibujos para bordar en las covachuelas del Carmen. El conde, que no puede conseguir de Paula mas que desprecios, publica multitud de poesías para hacer creer á toda la corte que ha logrado su amor, y como la jóven era conocida con el apodo de la Francesilla, de aquí la explicación de los versos de Villamediana :

CONDE. No deis en esa necedad, señor don Gonzalo : el romance fué escrito para la Francesilla. *Francelisa* es un anagrama libre de *Francesilla*.

CAB. 1º Y de *lis francesa ó francesa lis*, distintivo de la casa real de Francia.

CAB. 2º *Son mis amores reales*, dice á la letra uno de los versos : me parece que eso no necesita explicacion.

CONDE. Paula se llama *Reina* de apellido.

Intervienen con estas figuras en el drama Gabriel de Tovar, mozo valiente y amado de Paula, y Alonso Mateo, ballestero del rey, que mató á su mujer por hallarla hablando con un hombre, que juzgó su amante, y lo era solamente de su ama la duquesa Margarita. Este busca al desconocido, causa del asesinato de su mujer, para matarle quien quiera que sea, y descubre que es Villamediana, al tiempo precisamente que recibe la orden secreta de despacharle si se resiste á unirse en matrimonio con Paula Reina, víctima de sus calumnias.

Estos personajes, lo mismo que Jusepilla, hermana de Paula, y el alcalde de casa y corte don Diego Francos de

Garnica, están retratados de cuerpo entero y son interesantísimos, lo mismo que lo es toda la fábula, resultando á los ojos del espectador un cuadro perfecto de la época.

Que el estilo del drama es verdaderamente literario, no hay necesidad de decirlo : basta con ver que es obra del señor Hartzzenbusch. Sirva de muestra á mis lectores una de las escenas en que mejor se dibuja el carácter de Villamediana ; aquella del tercer acto en que varios caballeros sentados á la puerta de una tienda hacen el juicio crítico de cuantos pasan.

CAB. 1º Hoy, como es domingo, nos colocamos aquí, á la parte de adentro, para que el soportal quede libre á los paseantes.

CAB. 2º Es extraño, en verdad, que se pasee tanta gente por la calle Mayor, y tan poca por el Prado.

CONDE. Se abstienen de pisar la yerba, por si la necesitan pacer.

CAB. 1º A propósito de pacientes : allí va el alguacil mayor.

CONDE. ¿Periquito Vergel?

CAB. 2º El señor don Gabriel no le conocerá.

CONDE.

¿Qué galan pasa Vergel
Con cintillo de diamantes ;
Diamantes que fueron antes
De amantes de su mujer.

CAB. 1º ¿Qué os parece el epigrama?

GABRIEL. El señor conde rima la palabra *vergel* con la de *mujer*, y no son consonantes.

CONDE. Licencia poética, maese Gabriel.

GABRIEL. Es muy aficionado á licencias el señor conde.

CAB. 1º Su musa ostenta siempre cierto espíritu juvenil.

GABRIEL. Quizá tenga menos de juvenil que de Juvenal.

CONDE. Al señor Tobar le ha servido *servirme*.

CAB. 2º ¿Señores, novedad! ¿Doña Aldonza á pié!

CAB. 1º Es verdad, que siempre va á caballo.

CONDE. ¿La he visto yo tantas veces en burro!

CAB. 1º ¿Cuándo?

CONDE. Cuando se apea en brazos de su caballero.

CAB. 1º Aquella tapada debe ser Leonorcita Mendoza.

CAB. 2º Bella dama es.

CONDE. Dama si : ¡bella... ca!

LOS CABALLEROS. ¡Bellaca!... ¡Ah! ¡ja! ¡ja! ¡ja!

CAB. 2º ¿Qué niños son aquellos vestidos de blanco?

CAB. 1º Unos moritos marroquíes bautizados esta mañana : parece que su padre es un sugeto ilustre.

CONDE. ¿Niños moros, hijos de padre ilustre? Serán hijos del virey de Nápoles, moro oculto de las Vistillas.

CAB. 2º ¿Hablais del virey que fué, ó del que lo es?

CONDE. Del que era virey y por concision queria un título con dos letras menos.

CAB. 1º *Virey* sin la primera sílaba, *rey*.

GABRIEL. Señor conde ; eso es llamar traidor al duque de Osuna, y parece poco puesto en razon hablar así de un hombre que, hallándose preso, no puede defenderse de vos.

CONDE. ¿Creeis que esté preso por nada?

GABRIEL. ¿Os desterraron á vos por algo?

CONDE. ¿Sois vos juez de mis escritos ni de mi lengua?

GABRIEL. ¿Podeis moverla vos contra nadie?

CONDE. Mirad que todavía no he dicho nada que os toque á vos.

GABRIEL. Eso es advertiros con tiempo que tengo espada.

CONDE. ¿Espada?... Una caña con una esponja os estaría mejor.

GABRIEL. Maldiciente sin vergüenza, defiéndete (desenvainando.)

En fin, el teatro del Príncipe ha empezado muy dignamente sus trabajos, y el señor Hartzzenbusch ha enriquecido el catálogo de sus obras con otra mas que figurará siempre entre las mejores. La representación de *Vida por honra* merece especial mención por haber sido muy esmerada, adornándose la escena con propiedad y luciendo los actores lujosos y adecuados trajes.

Todo esto contemplaba la Noche; pero como el rasgon del cielo, ó sea el cometa tenia que irse á otras partes del mundo al concluir octubre, la negra Señora dejó de ver la España dirigiendo sus ojos á otras naciones que no figuran en mis revistas.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

Escenas de la vida en Calcuta (1).

Desde mi balcon que da á la calle Cossitollah veo desfilar todas las singularidades de la vida de Calcuta se-

(1) Los acontecimientos que hoy pasan en la India demuestran la necesidad de reformar profundamente las ideas, las costumbres y la administración de ese país, y este será uno de los deberes mas imperiosos del nuevo gobierno de la India. Pero no se cambian en un dia los hábitos y las preocupaciones de un pueblo, y es bien triste pensar que el cuadro de costumbres que aquí publicamos tomándole del *Atlantic Monthly*, será durante mucho tiempo una pintura fiel de la vida india.

gun dos corrientes contrarias, una que se dirige hácia Chowringhee, el centro de la elegancia y la riqueza, y la otra hácia el bazar de Radda, barrio habitado por los colís, y que ofrece un cuadro repugnante de su suciedad y sus defectos físicos.

Es muy temprano : el sol matutino proyecta por la calle las sombras de Parsis que caminan por el lado opuesto. Noto particularmente los rodeos continuos que dan las personas de casta bramina, guerreros y comerciantes, evitando á los Parsis con precauciones escrupulosas por miedo de que la sombra impura de un sudra ó un paria no deje una mancha en su persona sagrada. El límpido Jumna y el Ganges fangoso corriendo por el mismo cáuce sin confundir jamás sus aguas, no son mas distintos que las oleadas de esa muchedumbre privilegiada y de ese populacho sucio.

La calle Cossitollah presenta igualmente la mezcla mas pintoresca de los elementos de la vida europea y de las costumbres asiáticas. Es en cierto modo un lazo de union entre las tristes pinturas de la Ciudad negra y el imponente esplendor de Kumpnee-Bahaboor, cuyo exceso acusa altamente los excesos de la dominacion inglesa.

Del Midaun ó campo de maniobras donde forman en largas filas los sepoys, donde se pasan las revistas ante el gobernador general, donde se hacen simulacros de guerra, y donde dos veces al dia una banda de música militar toca con entusiasmo el *God save the queen*; del palacio del gobernador, de una orgullosa magnificencia, de una arquitectura sin gusto, poblado de militares, lleno de movimiento y de ruido; de Chowringhee resplandeciente de lujo; de la Esplanada donde se apiña una muchedumbre alegre bajo los aspectos mas variados; del fuerte William, donde una autoridad recelosa vigila con inquietud; en fin, de Clive, de Hastings, de Wellington, de Gongh, de Hardinge, de Napier, de Ellemborough, de Dalhousie y Compañía; del SAHIB poderoso y tonante, hasta la criatura mas abyecta, el paria indio; — de esos extremos á ese otro extremo la línea mas corta es Cossitollah.

Así pues, por un flujo y reflujo de transeuntes que representan los diferentes grados de la escala social, oponiendo en curioso contraste la púrpura y los finos tejidos de Chowringhee á los harapos de la Ciudad negra, Cossitollah es, como hemos dicho, la calle que muestra mejor la fisonomía característica de Calcuta. Otros barrios tienen su poblacion : los sepoys y los pilluelos en el Midaun; los *circars* ó dependientes, los *chowkeydars* ó agentes de policía abundan en Tank-Square; una nube de mujeres haraposas, de empleados obesos, de amas de cria, de *durwans* ó porteros, de *chaprassesys* ó mensajeros, de *kitnudgars* ó criados, se esparcen por Garden-Reach; los que llevan los palanquines, los *banyans* ó tenderos, los *dandees* ó bateleros, frecuentan el Ghauts; en el Durumtollah están confundidos con la muchedumbre de los colís los *bheesthees* ó aguadores, los tratantes en caballos, los *syces* ó grooms; los marineros ingleses y americanos, malese y mascarenes frecuentan la calle del Pabellon, barrio de los cafés; — pero en Cossitollah se confunden todas las castas, todas las profesiones.

Sentémonos al balcon y observemos. De un extremo ó otro de esa calle en palanquin apenas se tiene tiempo para aspirar cuarenta veces el cigarro.

Desde nuestro balcon, que no está enteramente á la mitad del camino y que se acerca mas al bazar, la vista se extiende de la calle del Pabellon al Midaun.

¿Qué es eso? Un palanquin cerrado con un viajero. Los que le llevan con el hombro inclinado van trotando á la cadencia monótona de un cantar insolente que el *sirdar* ó conductor improvisa á costa del viajero.

« ¡Calle, calle! Que pasa un rajah; — un rajah muy pobre; — un rajah de seis cuartos; — que tiene los codos rotos; — capitan descalzo; — ¡Silencio! que nos pegará; — ya nos pega y nos maldice; — no; el imbecil no nos entiende; — no conoce nuestra lengua; menead mucho el palanquin; — hasta que se le rompan los huesos. — Soldad el palanquin; — llamadle Monseñor; y pedidle la propina. »

Dejan en el suelo el palanquin y cambian de hombro la almohadilla, en tanto que el *sirdar* tomando un aire suave y meloso, entreabre discretamente la portezuela, lo justo para que veamos en medio de una nube de humo un buen par de pantorrillas.

Se inclina, y empleando la pompa del lenguaje oriental, exclama :

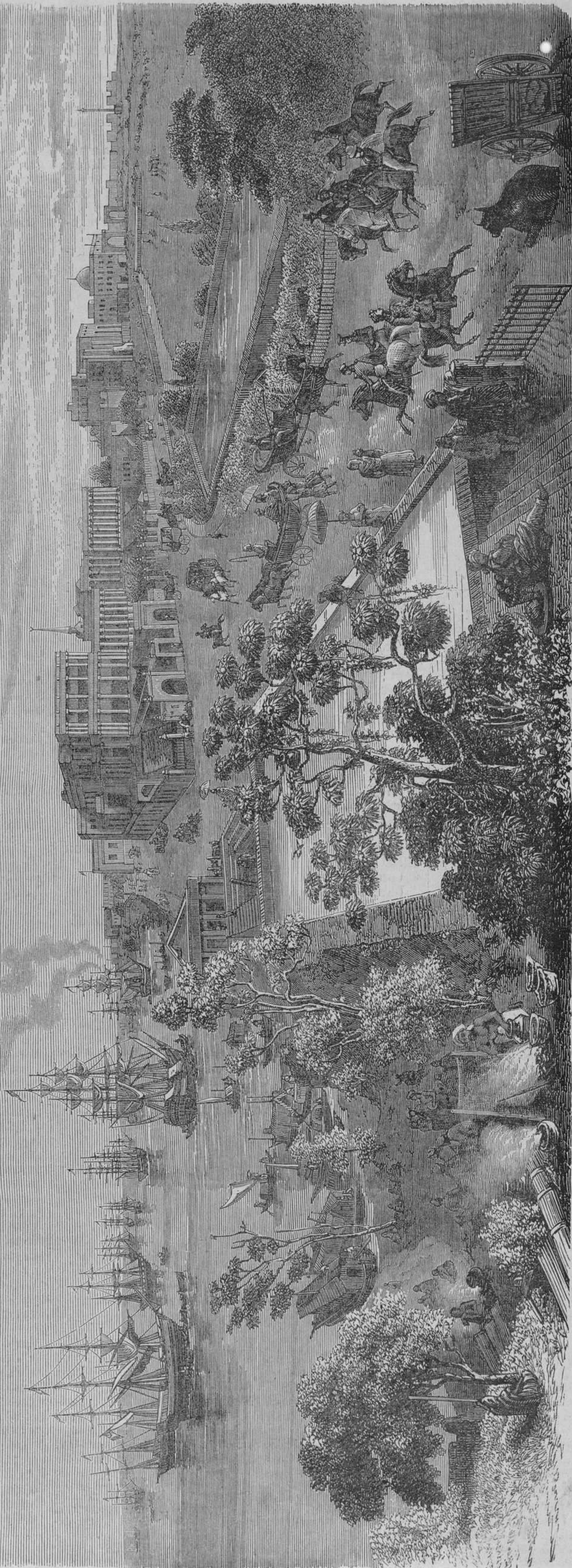
— ¡Oh amo sublime! Que la felicidad sea la aureola de tu cabeza, y que la paz habite en los pliegues de tu turbante. ¡Oh tú, cuya madre es hermana gemela de la Vaca sagrada, y tu abuela el resumen de las siete virtudes! Bendita sea la hora en que por una gracia particular tu esclavo ha podido por primera vez inclinarse su frente hasta tus piés victoriosos.

— ¡Llévete el diablo, puerco!... Brutos insaciables, despachaos.

Los hombres comprenden que no es un europeo recién llegado, como suponian; se cargan con presteza el palanquin, y marchan de nuevo improvisando otro cantar diferente.

El rajah de seis cuartos es ahora el rico, el poderoso, el valiente rajah ante el cual todo tiembla. — Pero en esto desaparece el palanquin por la calle del Pabellon.

¿Qué vemos ahora? Se trata de una cosa mas imponente : un carro con cuatro caballos árabes ricamente enjaezados; un cochero muy grueso y muy solemne; cuatro grooms corriendo á la cabeza de los caballos con los espantamosos hechos con el rabo de una vaca del Thibet, y por último, en el pescante un cesto de cham-



CALCUTA. — MUELLE DEL STRAND, VISTA TOMADA DE LOS EDIFICIOS DE LA ADUANA

pañá, y detrás un banian, el astuto y opulento banquero, el Baboo, Kalidas Ramaya Mullick.

— Marcha de ahí con tu quitasol; y tú, con tu agua, ¡calle, calle! pasa el señor Baboo, que no puede detenerse.... Un puerco como tú impedirá pasar al rico; huye con presteza.

El majestuoso cochero detiene sus briosos caballos en medio de las voces de la muchedumbre dispersada de esa manera, que abre paso con una docilidad admirable. El Baboo se apea con mucha solemnidad, y sin hacer caso de los clamores de la gente entra por la puerta de su casa abierta de par en par. Recíbele el *durwam*, un portero atlético, de aire importante, que considera su puerta como un puesto de honor.

Pero no se crea que el *durwam* se confunde en saludos serviles; se planta con orgullo, lleva su mano derecha á la frente, y apenas inclina la cabeza: es casi el saludo de una persona afable con cierto aire de protección, en el cual hay tanta satisfacción como benevolencia.

Veamos lo que va á pasar. Este Baboo es un banian opulento. Los Mullicks disfrutaban todos de un gran crédito y de la mas alta consideración. Se cuenta que el año último cuando casó al jóven Dwarakanah Mullick, de edad de nueve años, su hijo adoptivo, con la tierna Vinda, la niña mimada del viejo Lulla Seal, en su quinta primavera, el Baboo Kalidas Ramaya Mullick se distinguió por su munificencia, sacando de la cárcel por deudas á cincuenta sudras.

El Baboo atraviesa el portal, y unos veinte dependientes le entregan las notas sobre los negocios de aquel día. En este momento Mutty Loll Roy, el dependiente principal, deja su despacho y se adelanta con gravedad; es un hombre respetable, grave y meditabundo. Sin embargo, no gana mas de quince rupias mensuales.

¿Lo dudais viendo su modo de saludar?

Entonces explicaremos porqué el *durwam* es tan desdenoso y el dependiente tan solemne: el primero es de la casta militar y de sangre rajponte no menos noble que la del Sahib; Mutty Loll es también de la casta elevada de los bra-minos.

Confesamos que todo va bien.

Al fin el Baboo tomará la palabra:

— Buenos días, Baboo; ¿adonde vais tan deprisa con vuestros soberbios árabes y ese cesto de champaña?... ¿Al campo?

— Al campo; y este champaña es para dos jóvenes ingleses amigos míos, que me hacen el honor de venir á pasar dos ó tres días en mi compañía.

— Cuidado, Baboo, cuidado; ese champaña me inspira algun recelo. Dicen que la ortodoxia de los hombres jóvenes de Bengala no se sostiene contra los beefsteaks, y á decir verdad ese régimen no es conveniente para los

buenos observadores de la fe. Los bramino tienen razon para gruñir contra los escandalosos efectos de las luces truevas. Pronto se os verá casando á vuestras viudas y comiendo en la fonda.

— Francamente la religion no corre ningun peligro mientras que los beefs-teaks y el champaña cuesten tanto dinero. Conocemos muy bien las miserias de la vida de los parias para someternos á ellas por placer. En cuanto á la « buena nueva » con que vuestros misioneros nos cansan los oidos, ya sabeis este antiguo proverbio de nuestra sabiduria : « ¿ Qué le importan las noticias del dia á una rana que vive en el fondo de un pozo? »

— Os saludo, Sahib; no puedo perder tiempo, porque tengo que despachar unas muestras de añiles.

El panorama de Cossitollah continúa desarrollando sus animadas perspectivas. En el bazar vemos á los tenderos de juguetes de niños, cambistas, esparteros, traficantes en toda clase de cosas, zapateros y sastres ambulantes, titiriteros, hombres que tragan vidrio con gran satisfaccion del público; y si les presentan un carnero se le comen vivo con piel y todo. Aquí están los conjuradores; por algunas monedas se atraviesan unos á otros el cuerpo con floretes agudos, sin que se resentan de ello su salud ni su buen humor.

Pero en tanto que el bramino rodea para evitar la sombra del sudra, y que el sudra escupe sobre la huella que ha dejado la planta del paria, el Baboo se vuelve á su carro; el cochero majestuoso toma las riendas, los grooms comienzan á dar gritos, y la muchedumbre deja el paso libre.

Por desgracia un coche con un caballo guiado por un groom medio desnudo pasa junto al carro del Baboo. A través de las portezuelas se distingue el turbante sencillo de un respetable empleado del almacén de carbones de la Honorable Compañía de las Indias. Al punto el magnífico Baboo sale de sus buechus y salta descalzo sobre el polvo de Cossitollah; primero toca humildemente la tierra, y luego llevándose la mano á su gran turbante, murmura un saludo respetuoso en honor del empleado de la Muy Honorable Compañía.

Llega. — A la puerta de su casa en el camino del Durumtollah está sentada una especie de bruja de cabellos canos, enferma y leprosa. Su historia es interesante.

El Baboo era jóven todavía cuando su tío Rajinda, la gloria de los Mullicks, murió del cólera y dejó á Kalidas la administracion de sus bienes. Tenia que pagar muchas hipotecas y que apremiar á muchos deudores perezosos. Cierta tendero del bazar chino figuraba aquí por algunos millares de rupias que le habia prestado el tío Rajinda para una operacion en los aceites que habia tenido mal éxito. El excelente Baboo mandó me-

CALCUTA. — VISTA TOMADA DE LAS ALTURAS DE LYONS.



ter en la cárcel al especulador desgraciado del bazar chino.

El pobre diablo juró por el santo Ganges, por la Vaca sagrada, por el turbante de su padre y el velo de su madre, que había devuelto el dinero hacia mucho tiempo, y que la sombra del tío Rajinda no tenía motivo para agitarse en su tumba por algunas rupias, aunque el negocio de los aceites hubiese sido desastroso.

— Presenta los documentos, respondía impasible el Baboo; presenta el recibo.

El deudor no podía hacer otra cosa que seguir protestando por los objetos mas sagrados. Murió en la cárcel, y un guía espiritual (gooro), mantenido por el Baboo, emponzoñó su última hora asegurándole que su alma estaba condenada á trasmigrar en el cuerpo de siete generaciones de caballos de alquiler. Unicamente el día del juicio final se sabrá si estaba de buena fe este deudor.

No obstante, la viuda confiaba en la probidad del difunto. Un día con la cabeza trastornada por su dolor, recorrió la ciudad pidiendo justicia contra el implacable Baboo. Pero en vano; sus reclamaciones fueron tachadas de extravagancia. Desde entonces se la ve sentada á la puerta del Baboo, doloroso objeto de lástima, roida por la lepra, con los harapos de una pordiosera y esperando de los dioses la justicia que reclama.

El bramino que pasa desvia la cabeza, y se contenta con decir:

— Pobre flor arrancada de la tierra, está consagrada á Dios.

En cuanto al magnífico Kalidas Ramaya Mullick cierra los ojos y no lo ve.

¿De dónde vienen esos cánticos que se mezclan con la orgía del Baboo? ¡Ay! La que canta está reducida á ganarse la vida divirtiéndose con sus canciones á los hombres de los palanquines, que esperan fumando al parroquiano. Sin embargo, era una hermosa jóven de Lucknow, y ha estado con un príncipe. Tuvo anillos en sus dedos y cascabeles en sus pies. Lleva consigo á hombres un hermoso niño moreno envuelto en un lienzo tosco; un ropaje bordado cae sobre sus piernas, y su corpiño es de una tela de poco valor. Y sin embargo, en otro tiempo las manufacturas imperiales de Benares la suministraron objetos de un precio elevado. Hoy una estrecha banda de tela de algodón encarnado se cruza sobre su pecho, dejando ver las ruinas de su hermosura. Un collar de vidrio, negro y rojo, es su único adorno con una aguja de plata en sus cabellos, y un anillo delgado de oro que atraviesa la ventanilla izquierda de su nariz. Sus dientes y sus uñas perdieron su esmalte; el arte aumenta la expresion de sus ojos negros con varias pinceladas.

¡Pobre vendedora de babuchas! En tanto que el niño busca con los ojos por encima del hombre desnudo de su madre la fuente de vida á que no alcanza, mientras retuerce sus bracitos ennegrecidos, y muere, se desespera y llora; en tanto que una pordiosera parodia ridículamente á una prima donna, ó pega sin compás en un tan-tan rajado; en tanto que los palanquianos aplauden, la pobre cantarina de la Cossitollah rasca su guitarra de dos cuerdas, y destroza su cancion que respira los sentimientos mas dulces.

Pero cortemos aquí la descripción de esa calle de la Cossitollah que ofrece en un solo cuadro la imágen viva de las costumbres y de la fisonomía de Calcuta. Siento el olorcillo apetitoso de los camarones y el perfume de las primeras frutas de la estacion. Mi mayordomo Buxsoo ha refrescado las botellas lacradas de color verde, los criados nos llaman, es la hora de sentarnos á la mesa: la comida es uno de esos usos generales á que están sometidas todas las castas en todos los países.

C. M.

LA FERIA DE LAS VANIDADES

POR W. THACKERAY.

(Continuacion.)

Las fondas del parque estaban casi todas ocupadas por los ingleses. José erraba al acaso en ese barrio; iba escuchando de grupo en grupo, y hallaba á todo el mundo agitado como él por el temor y la curiosidad.

Los que habian tenido la suerte de hallar caballos se apresuraban á salir de la ciudad; pero la mayor parte se encontraban en el caso de José. Entre los fugitivos de esta categoría José vió á lady Bareacres y á su hija que estaban sentadas en su coche en el portal de la fonda con todos los cofres cargados; la falta de caballos era el único obstáculo para que emprendieran la fuga.

Rebeca habitaba la misma fonda que esas señoras, y hasta entonces se habian esforzado recíprocamente en demostrarse todo el odio que se tenían. Si por casualidad milady Bareacres encontraba á mistress Crawley en la escalera, al punto volvía la cabeza con afectacion. Cuantas veces se pronunciaba delante de ella el nombre de su vecina, tenía ella mil infamias menudas que contar acerca de su conducta.

La condesa no podía digerir las familiaridades del general Tufto con la mujer del edecan, y lady Blanca la huía como la peste. Unicamente el conde cambiaba con ella algunas palabras siempre que se veía á cubierto de la vigilancia de las señoras.

Rebeca podía vengarse al fin de tantos ultrajes. En toda la fonda se sabía que los caballos del capitán Craw-

ley se habian quedado en la cuadra, y en cuanto se dió la voz de alerta, lady Bareacres se dignó enviar un recado con su doncella para preguntar á mistress Crawley cuánto quería por sus caballos.

Rebeca contestó que no tenía costumbre de tratar con las criadas.

Entonces fué despachado el conde como embajador; pero su embajada obtuvo mal éxito.

¿A qué nos reduce la necesidad? Despues de este segundo descalabro la condesa fué en persona á ver á mistress Crawley; la suplicó que la cediera los caballos al precio que quisiera, y aun se comprometió á recibir á Rebeca en el palacio de Bareacres, si ella le prestaba ese servicio.

Mistress Crawley soltó una carcajada.

— Poco me importa conocer el color de vuestra librea, la dijo con ironía; lo que debeis hacer es despediros de la Inglaterra, ó por lo menos de vuestros diamantes. De aquí á dos horas vereis á los franceses en Bruselas, y yo estaré ya á la mitad del camino de Gante.

La condesa en el colmo del furor, bajó á su coche, y mandó á todos los criados en busca de caballos por toda la ciudad.

Rebeca desde su ventana tuvo la satisfacción de ver á milady sentada en su coche mientras se hallaban los caballos, y la dirigía palabras irónicas, en tanto que la condesa se desesperaba contra la lentitud de sus torpes emisarios.

Si los ojos de lady Bareacres hubieran sido pistolas, Rebeca no habria figurado mucho tiempo entre los héroes de esta historia.

José, distinguiendo á Rebeca radiante de su triunfo sobre su enemiga humillada, se dirigió hácia ella. Su rostro pálido y desenchajado ponía en evidencia el secreto de su alma. También él quería huir, y buscaba los medios para hacerlo.

— Quiere comprarme mis caballos; pensó Rebeca; conservaré mi yegua, y le venderé los dos alazanes.

José repitió á su amiga la pregunta que habia hecho por la centésima vez hacia una hora.

— ¿Sabéis dónde hay caballos de venta?

— ¡Cómo! exclamó Rebeca riendo, ¿pensais en huir, vos que sois el campeón de las damas?

— No soy militar, murmuró con voz sofocada.

— ¿Y Amelia? ¿qué será de ella? ¿quién protegerá á esa criatura? Pienso que no quereis abandonarla.

— ¿De qué puedo servirle si se presenta el enemigo? Ningun daño la harán, en tanto que, segun me ha dicho mi criado, los cobardes han jurado no dar cuartel á los hombres.

— ¡Es horrible! exclamó Rebeca con voz irónica.

— Pero no quiero abandonarla, exclamó José; hay un puesto para ella en mi carruaje y otro para vos, mi querida Rebeca, si es que deseais salir, y si es que puedo hallar caballos, añadió con un suspiro.

— Yo tengo dos de venta, dijo Rebeca.

José se habria arrojado en sus brazos.

— Preparad el coche, Isidoro, ya los tengo, ya los tengo.

— Mis caballos no son de tiro, observó mistress Crawley: *Tintamarre* haria pedazos el coche.

— Pero al menos se deja montar, preguntó José.

— ¡Oh! es tan suave como un cordero, y corre como una liebre; respondió Rebeca.

José se veía ya galopando sobre *Tintamarre* á muchas leguas de la ciudad, y no pensaba ya en la pobre Amelia.

Rebeca pidió á José que subiera á su cuarto, y con efecto así lo hizo. Rebeca fijó el precio en proporcion del deseo que tenía el otro de adquirir la mercancía.

José dió un brinco hácia atrás al oír lo que quería.

— Se toma ó se deja, dijo Rebeca con resolución.

Rawdon la habia recomendado que no los cediera por menos de aquella suma. Lord Bareacres la pagaria contento, pero ella se decidía por José, gracias al afecto que profesaba á la familia Sedley.

José concluyó por consentir, y cerró el trato. La cantidad que debía dar era tan crecida que pidió un plazo; era casi una fortuna para Rebeca. Pronto hubo calculado que esa suma, unida al precio de los demás efectos de Rawdon y de su viudedad, la crearia una posicion social independiente, si es que se quedaba viuda.

Una ó dos veces aquella noche habia pensado en huir como los demás; pero la reflexion le sugirió otra idea.

— Admitiendo que lleguen los franceses, pensó Rebeca, ¿qué podrán hacer á la mujer de un pobre oficial? No estamos ya en los tiempos de saqueo y degüello; nos dejarán volver á nuestros hogares, ó si no me estableceré en el continente con una bonita renta.

José, acompañado de Isidoro, bajó á la cuadra sin tardanza para examinar los caballos, y luego dijo al criado que los ensillara, pues quería partir al instante.

Entre tanto se fué á su habitacion para tomar sus últimas disposiciones. Quería efectuar su fuga con mucho misterio, pues no tenía valor para presentarse delante de mistress O'Doow y de Amelia, y revelarlas su proyecto.

Mientras José compraba los caballos, el horizonte comenzaba á resplandecer con los primeros rayos del día; la mayor agitacion reinaba en todas las calles, y los rumores mas contradictorios circulaban de boca en boca. Unos anunciaban la derrota completa de los prusianos, otros la de los ingleses, y otros por el contrario decian que estos últimos habian quedado dueños del campo de batalla.

Poco á poco este último rumor se fué confirmando. Con efecto, los franceses no parecían. Algunos fugitivos trajeron noticias mas favorables, y por fin llegó un ede-

can con despachos para el comandante de la plaza, y pronto pudo leerse en las paredes de la ciudad el anuncio oficial del triunfo de los aliados en los Cuatro Brazos. La columna que mandaba Ney hubo de retirarse despues de un combate de seis horas.

La llegada del edecan tuvo lugar cuando José examinaba los caballos.

Al entrar en su fonda José encontró unas veinte personas ocupadas en comentar las últimas noticias que habian hallado crédito en todo el mundo, y al punto subió para comunicárselas á las dos mujeres que estaban á su cuidado. Al mismo tiempo pensó que era inútil informarlas de sus proyectos de retirada, de su compra y del dinero que le habia costado.

El triunfo ó la derrota preocupaba menos á las dos mujeres que la suerte de sus maridos. Con la noticia de la victoria Amelia se alarmó mas que antes. Quería correr á donde estaba el ejército, y suplicaba llorando á su hermano que la llevara. La ansiedad y el temor habian llegado en ella al último grado. La pobre mujer que parecia estar aletargada, se puso de repente á correr por una y otra parte con todos los síntomas de la locura, y sollozaba, gritaba y lloraba.

José tenía el alma demasiado sensible para soportar largo tiempo el espectáculo de aquel dolor agudo. Dejó á su hermana con su enérgica compañera, y bajó á la puerta de la fonda donde se comentaban las noticias.

Por fin habia amanecido, y ya no tardarian en llegar informes mas exactos. Con efecto, los recibieron de la misma boca de aquellos que habian sido actores en tan terrible drama. Comenzaban á entrar en la ciudad carros cargados de heridos, de donde se exhalaban ayes de dolor y de agonía. Uno de los furgones llamó mas particularmente la curiosidad de José Sedley; los gritos de los que iban dentro partian el corazon, y los caballos apenas podían andar, tan cansados estaban.

— Es ahí, gritó una voz débil; y el carro se detuvo delante de la fonda donde estaba José.

— Es Jorge, le reconozco, exclamó Amelia con espanto.

No era Jorge, pero al fin iba á tener noticias de él. Era el pobre Tom Stubble que veinte y cuatro horas antes partía con resolución agitando orgulloso la bandera de su regimiento. La habia defendido valerosamente en el campo de batalla, hasta que cayó herido de una lanzada en el muslo, y abrazando su estandarte. Al concluirse la accion nuestro jóven héroe habia encontrado un puesto en un carro que le trasladó á Bruselas.

— ¡M. Sedley! gritaba el herido con voz desfallecida.

José al oír su nombre se estremeció y se acercó al herido, que le tendía una mano ardiente.

— Aquí debo estar, añadió; Osborne y Dobbin me lo han dicho.

La fonda era grande, y los que la habitaban eran buenos y compasivos. Los heridos del carro hallaron cada cual una cama. Stubble fué llevado al aposento de Osborne; Amelia y la mujer del mayor habian salido á recibirle.

El corazon de las dos mujeres latió con mas descanso cuando supieron que la lucha estaba interrumpida, y que sus maridos no habian tenido la menor desgracia. Amelia, loca de júbilo, se puso á curar al herido con la ayuda de mistress O'Doow.

Nuestro jóven herido contaba con la sencillez del soldado los sucesos del día y los hechos de armas de sus valientes compañeros del regimiento. Habian sufrido mucho, y habian perdido mucha gente.

El día pasó con rapidez para Amelia en medio de los cuidados que daba al herido y de las narraciones maravillosas tocante á la batalla.

Para ella, sin embargo, no habia mas que un hombre en el ejército inglés, y su salvacion la interesaba mucho mas que todos los movimientos de los aliados y los ataques del enemigo.

Las noticias que José la traía de la calle hacían en sus oídos el efecto de un murmullo lejano. José no se mostraba tan indiferente como su hermana; es cierto que los franceses habian sido rechazados, pero fué despues de una lucha encarnizada é indecisa sostenida por una sola division del ejército francés. El emperador con el cuerpo principal del ejército se encontraba en Ligny, donde habia destrozado á los prusianos sobre toda la línea, y desembarazado de ese primer obstáculo se dispusiera á concentrar todas sus fuerzas contra los aliados. El duque de Wellington se replegaba sobre Bruselas.

Todo anunciaba pues, que se habia de dar una gran batalla bajo los muros de la capital, cuyo éxito parecia muy dudoso. El duque de Wellington no tenía mas que treinta mil hombres de tropas inglesas con que poder contar; las tropas alemanas se componian de reclutas, y los belgas seguían de mala voluntad al ejército. Con ese puñado de hombres el duque debía resistir á los cincuenta mil hombres que invadían la Bélgica á los órdenes de Napoleon, hasta entonces invencible.

En presencia de estas reflexiones José no halló otro recurso mejor que ponerse á temblar en todos sus miembros. Por lo demás, todo el mundo temblaba en Bruselas; pues se comprendía que el combate del día anterior no habia sido mas que un preludio, y nadie pensaba que el emperador dejase de alcanzar la victoria.

La emigracion continuaba pues; todo el que hallaba medios de transporte seguía el movimiento general. Cuando José se presentó por la tarde en el hotel de Rebeca, notó que al cabo habia salido del portal el coche de los Bareacres. El conde habia podido adquirir un par de caballos á un precio fabuloso, y á despecho de mistress Crawley galopaba ya por el camino de Gante. Luis XVIII

estaba dispuesto á salir de los muros de aquella ciudad; la desgracia parecia encarnizada en perseguir de pais en pais al augusto desterrado.

José, comprendiendo que de un momento á otro podia necesitar los caballos que habia comprado tan caros, los llevó á las cuadras de la fonda. Isidoro los guardaba.

Con la acogida de la víspera Rebeca no tenia los mayores deseos de ir á visitar á Amelia; pero la mujer la hizo pensar en el marido; echó agua fresca al ramillete de Jorge, y volvió á leer su carta.

— ¡ Con estas líneas podria yo hacerla bien desgraciada! exclamó levantando con la mano el papel; ¡ y se atormenta por un hombre así, un necio, un fátuo que la olvida y la desdén!... ¡ Mi pobre Rawdon, tonto como es, vale mas que Jorge!

Y entonces se puso á reflexionar sobre lo que haria si... le sucediera alguna desgracia al pobre Rawdon.

Mistress Crawley, que durante el día habia tenido el sentimiento de ver marchar á los Bareares, pensó en tomar las mismas precauciones que la condesa. Con el auxilio de una aguja puso en seguridad la mejor parte de sus alhajas y sus billetes de banco, y así se halló dispuesta á lo que pudiera ocurrir.

Al otro día, que era un domingo, la mayor O'Doow tuvo la satisfaccion de ver que el descanso de la noche habia devuelto la serenidad y el valor á sus dos enfermos.

La mayor O'Doow fué á dar una vuelta por su casa, y despues se volvió con Amelia. Entre tanto comenzó á retumbar el cañon de Waterloo.

Al oír tal ruido, José se decidió á salir de Bruselas. Precipitándose en el cuarto donde se hallaban reunidos nuestros tres amigos, dijo bruscamente á su hermana:

— Amelia, es imposible permanecer aquí mas tiempo; venid conmigo, he comprado un caballo para vos... Vestíos pronto.

— No he visto un hombre mas gallina, dijo mistress O'Doow.

— ¿ No me oís, Amelia? continuó José; dejaos de cuentos, no podemos esperar aquí á los franceses.

Mistress O'Doow la aconsejó que no se moviera.

— Amelia, sí ó no, exclamó José con una mirada furiosa.

— ¡ Sin mi marido!... contestó Amelia, y al mismo tiempo tendió la mano á la mujer del mayor.

Un minuto despues José estaba á caballo y salia de la fonda.

Conocidos son los detalles de la lucha terrible que durante aquel tiempo tuvo lugar á pocas horas de Bruselas.

Todos nuestros amigos se condujeron valerosamente. Entre tanto que las mujeres arrodilladas oraban lejos del campo de batalla, las líneas de la infantería inglesa rechazaban las cargas de los franceses.

Las descargas, cuyo ruido llegaba hasta Bruselas, llevaban la muerte en las masas del enemigo; los que caian eran reemplazados por otros tan dispuestos como ellos á cumplir con su deber. Por la tarde, el ataque de los franceses se calmó algun tanto; parecian deliberar para saber si concentrarian sus esfuerzos hácia otro punto, ó si reunirían sus fuerzas para dar un golpe supremo.

A una señal dada las columnas de la guardia imperial subian las alturas del monte San Juan para rechazar á los ingleses que todo el día se habian sostenido en aquella posición. Aquella columna imponente desplegando sus anillos movidizos por la llanura, comenzó á escalar la colina sin que se vieran los huecos que hacia en ella la artillería inglesa. Ya atacaba la cumbre del cerro ocupado por los ingleses, cuando de repente vaciló en su marcha; luego se detuvo, siempre de cara al fuego, pero por último los ingleses rechazaron á sus agresores, y conservaron el puesto de donde no habia podido desalojarlos el enemigo.

Ningun ruido se oía ya en Bruselas; el combate se habia empeñado á algunas millas mas lejos. Densas tinieblas cubrian con sus velos la ciudad y el campo de batalla. Amelia dirigia al cielo súplicas fervientes por su amado Jorge, mientras este yacia sin vida, la cara contra el suelo, aplastado por una bala de cañon.

XXXIII.

SOLICITUD DE LOS PARIENTES DE MISS CRAWLEY.

En tanto que el ejército inglés se aleja de Bélgica y se dirige hácia las fronteras de la Francia para combatir nuevamente, llevaremos á nuestro amable lector hácia otros personajes que viven en Inglaterra en el seno de la calma mas profunda, y que tienen tambien su papel que desempeñar en el curso de esta historia.

La anciana miss Crawley seguia en Brighton sin pensar á menudo en los terribles combates que se daban en el continente. Briggs, que continuaba bajo la influencia de las tiernas palabras de Rebeca, la leia los periódicos en que se hablaba del valor de Rawdon Crawley y de su promocion al grado de teniente coronel.

— ¡ Qué lástima que haya hecho ese casamiento! Habria podido emparentar con la aristocracia, y un día ú otro yo le habria dejado mi dinero.

— ¡ Mi excelente miss Crawley no dejará caer una mirada de misericordia sobre ese joven héroe? decia miss Briggs exaltada por los prodigios de Waterloo, y siempre dispuesta á entregarse á sus instintos noveles-

cos. El capitán, quiero decir el coronel, acaba de ilustrar el nombre de los Crawley...

— Sois una tonta, miss Briggs, decia la enferma; el coronel Crawley ha cubierto de lodo el nombre de su familia. ¡ Casarse con la hija de un maestro de dibujo, con una institutriz!... porque es lo mismo que vos, miss Briggs, únicamente es mas jóven y posee mas gracia y astucia.

La anciana debia estar bien restablecida á juzgar por los epigramas que dirigia á la pobre Briggs. A medida que recobraba sus fuerzas, parecia que queria probarlas contra miss Briggs, la única compañera que admitia en intimidad.

Los parientes de miss Crawley no la olvidaban por esto; al contrario, cada cual queria manifestarla á porfía con regalos y con mensajes afectuosos la energia de una ternura imperecedera.

Citaremos en primera línea á su sobrino Rawdon Crawley. Algunas semanas despues de la famosa batalla de Waterloo, llegó á Brighton por el vapor de Dieppe una caja para miss Crawley, que contenia varios presentes y una carta de un respetuoso sobrino el coronel; el paquete constaba de un par de charreteras francesas, una cruz de la Legion de Honor, y una guarnicion de espada, preciosos trofeos de la batalla.

La carta estaba escrita con alegría; contaba la historia de la guarnicion de espada cogida á un oficial superior de la guardia que habia sido hecho prisionero por un simple soldado. La bayoneta del soldado habia roto la espada del oficial, y Rawdon se habia apoderado de aquella reliquia para mandársela á su tia adorada.

En cuanto á la cruz y las charreteras fueron cogidas á un coronel de caballería que cayó en la pelea á los golpes del edecán. Rawdon al enviar á su tia estos despojos, la pedia permiso para continuar su correspondencia cuando llegara á Paris, prometiéndole noticias interesantes sobre esa capital y sus viejos amigos de la emigracion, por los cuales manifestaba tantas simpatías en sus días de prueba.

Briggs fué encargada de la contestacion. Debia escribir al coronel una carta de felicitaciones y animarle á que continuara sus comunicaciones. El primer mensaje estaba concebido con talento, y era un buen presagio de los siguientes.

— Sé muy bien, decia miss Crawley á miss Briggs, que Rawdon es tan incapaz como vos de escribir una carta semejante; la pícará Rebeca le ha dictado hasta la última coma, pero no quiero privarme de las distracciones que me puedan proporcionar sus epístolas; de modo que hareis comprender á mi sobrino que su carta me ha puesto de buen humor.

Si miss Crawley no se engañaba atribuyendo la carta á Rebeca, en cambio no sabia que los despojos que la enviaban eran tambien pura invencion de mistress Rawdon. Esta última los compró por algunos francos á los innumerables buhoneros que desde el día siguiente de la batalla se pusieron á traficar con tan tristes restos. Sea como quiera, la bonita respuesta de miss Crawley reanimó las esperanzas de Rawdon y de su mujer, que sacaron las consecuencias mas favorables del buen humor de su tia.

En cuanto Rawdon hubo entrado en la capital con los ejércitos victoriosos, su tia recibió de Paris una correspondencia que la divirtió extraordinariamente.

La mujer del rector, no menos puntual en sus mensajes, no tuvo la misma suerte; el carácter imperioso de mistress Bute la habia indisputado con miss Crawley y con todos los de su casa.

Mistress Bute no podia consolarse del golpe que se habia dado su marido.

Ya hemos visto de lo que era capaz mistress Bute cuando tenia el juego en su favor; bajo su autoridad déspota se habia establecido el terror en casa de miss Crawley; pero se aprovechó la primera ocasion para derrocar completamente al tirano. Así es que todos los del presbiterio se decian víctimas del egoismo y de la traición mas abominable; sus sacrificios habian sido pagados con la mas negra ingratitud.

El ascenso de Rawdon sembró la alarma en aquellas personas caritativas; su tia podia ablandarse viéndole coronel y caballero de la orden del Baño; la odiosa criatura á quien llamaba su mujer podía reconquistarse las buenas gracias de la anciana.

Bajo la inspiracion de su justa cólera la mujer del ministro compuso un sermón sobre la vanidad de la gloria militar y la prosperidad de los malvados, y su marido le pronunció ante sus feligreses sin comprender de él una sola palabra. Pitt se hallaba aquel día entre el auditorio; habia ido á la iglesia con sus dos hermanas para reemplazar al jefe de la familia, que rara vez acudia al templo, pues desde la marcha de Rebeca llevaba una vida desordenada.

En cuanto á las dos herederas de Crawley-la-Reina poco faltó para que quedasen entregadas á sus inspiraciones personales. Sir Pitt habia jurado que bajo ningun pretexto entrarían institutrices en su casa. Por fin se decidió á ponerlas en un colegio.

Sobrinos y sobrinas todos se empeñaban en demostrar muchas atenciones á miss Crawley; todos querian manifestarle su afecto del modo mas vivo, y todos la enviaban pruebas inequívocas de su ternura.

La diligencia de Southampton á Brighton llevaba continuamente á miss Crawley los regalos de su familia. A veces M. Pitt la visitaba; si bien debemos confesar que sus viajes á Brighton se repetían porque estaba allí lady Jane de la Moutonniere. Ya hemos hecho mencion de los proyectos de matrimonio que existían entre los dos jóvenes. Lady Jane habitaba en Brighton con

sus hermanas y su madre la condesa de Southdown, ventajosamente conocida por todas las personas graves y formales.

No seria posible pintar la sorpresa y la consternacion de la virtuosa condesa cuando al fallecimiento de su esposo vino á saber que su hijo era miembro de muchos clubs y habia perdido mucho dinero, en suma, que disfrutaba ya de la peor fama.

Su nombre producía siempre un murmullo de reprobacion en el círculo de la viuda.

Lady Emilia contaba algunos años mas que su hermano, y ya se habia conquistado una posición eminente entre la gente formal, por haber producido varios manuales, himnos y poesías de religion.

En cuanto á Lady Jane, era amable y tímida, hablaba poco y se sonrojaba mucho. A pesar de los extravíos de su hermano le queria siempre y le escribia á escondidas de la familia. Admiraba á su hermana, adoraba á su madre, y á sus ojos el hombre mas cumplido del mundo era M. Pitt, despues de su hermano.

Su madre y su hermana, dos naturalezas superiores, se encargaban de decidir por ella en todas las cosas, y la miraban con el desden soberbio que toda mujer que se fortifica en las alturas de la inteligencia, prodiga con usura á los que ve debajo.

Cuando estas señoras se instalaron en Brighton, M. Pitt las visitó á ellas solas, contentándose con dejar una tarjeta en casa de su tia. Sin embargo, una vez que se encontró frente á frente con miss Briggs, se adelantó hácia ella, y poniéndose muy encarnado la saludó amistosamente. Despues de haber pasado algunos instantes con ella, acabó por llevarla á ver á lady Jane, á quien dijo:

— Lady Jane, permitidme que os presente á la mejor amiga de mi tia y á su compañera mas fiel, miss Briggs, que conoceis ya por sus versos, las *Armonías del corazón*, cuya lectura os causaba tantas delicias.

Lady Jane se sonrojó mucho, alargó su manita á miss Briggs, la hizo un saludo ininteligible, y luego la habló del deseo de ver á miss Crawley y á todos los parientes y amigos de M. Pitt; por último, con una mirada suave como la de una paloma se despidió de Briggs.

M. Pitt, diestro diplomático, habia regalado á Jane el ejemplar de poesías que habia recogido en un rincón de Crawley-la-Reina, hizo brillar á los ojos de la condesa Southdown las inmensas ventajas que podían resultar entrando en relaciones con miss Crawley, que vivía sola y abandonada, pues Rawdon con sus desórdenes y su matrimonio se habia enagenado para siempre el afecto de su tia, y lo mismo le habia sucedido á mistress Bute por sus ideas ambiciosas. En cuanto á él, aunque por un orgullo exagerado quizá, se habia abstenido hasta entonces de toda muestra de ternura con respecto á su tia, pensaba que habia llegado el momento de arrancar su alma al enemigo del género humano y de asegurarse la herencia en su calidad de jefe de la casa Crawley.

La condesa estuvo de acuerdo con su futuro yerno sobre todos estos puntos, y en el ardor de su celo, se imaginó que la conversion de miss Crawley era cosa de un día.

Así es que mandó á su hija que escribiera al doctor Irons, el apóstol que debia operar el milagro, y que preparase un legajo de folletos religiosos.

Sin embargo, Pitt, inspirado por su ciencia diplomática, dijo que no debían llevarse las cosas tan de prisa.

— Conozco bien las disposiciones mundanas de mi tia, exclamó, para poder asegurarnos que al quererla convertir por asalto quizá obtendríamos un resultado opuesto. Y luego, querida condesa, una falta de prudencia ó de consideraciones podria causar gran perjuicio á nuestras esperanzas sobre los bienes terrestres y percederos de miss Crawley; su fortuna asciende á setenta mil libras esterlinas. Existía un testamento en favor de mi hermano el coronel, y sé que le ha destruido... obremos con cautela.

— Es verdad, repuso la condesa; Jane, es inútil escribir al doctor; ya que no puede soportar las fatigas de la discusion, esperaremos á que se mejore. Sin embargo, iré á verla mañana.

— Y os aconsejo que no os acompañe vuestra ardiente Emilia, porque lleva demasiado lejos el proselitismo; mas vale que lleveis á la tierna y suave lady Jane.

La condesa accedió, pues la observacion le parecia justísima.

Al otro día el coche lleno de blasones de la condesa se detenía con gran pompa á la puerta de miss Crawley. Un lacayo gigantesco y de cara devota entregó á M. Bowls para miss Crawley y para miss Briggs un par de tarjetas de su ama.

Dado este primer paso lady Emilia envió con un sobre á miss Briggs un par de folletos titulados: *la Trompeta de Jericó*, y *Una voz en las llamas*.

XXXIV.

PRIMEROS EFECTOS DE LAS AMISTADES.

Miss Briggs estaba muy agradecida á las atenciones de M. Pitt y á la buena acogida de Jane. Así, cuando presentaron á miss Crawley las tarjetas de la familia Southdown, se deshizo en elogios de todos ellos.

La condesa habia dejado una tarjeta para miss Briggs, ¡ qué honra tan señalada!

— ¿Qué significa esto? ¡Una tarjeta para vos! No lo comprendo, exclamó miss Crawley.

Miss Briggs contestó humildemente que no era extraño que una señora noble acordara alguna atención á una mujer honrada.

Y entonces contó á miss Crawley su encuentro de la víspera con M. Pitt en compañía de su prima y futura esposa, extendiéndose mucho en alabar la sencillez y modestia de aquella niña.

Miss Crawley no dijo á Briggs que su charlatanería la rompía la cabeza, y es porque así que se encontraba un poco mejor deseaba las visitas.

A la otra mañana envió sus tarjetas, y mandó á decir á M. Pitt que tendría mucho gusto en verle.

Pitt acudió al punto acompañado de la condesa y de su hija. La condesa viuda evitó hablar del estado deplorabile en que se hallaba el alma de miss Crawley; conversó con mucha discreción de la lluvia y del buen tiempo, de la guerra, de la caída de Bonaparte, y ponderó sus doctores y su boticario Podger. En esta primera entrevista Pitt Crawley dió un golpe maestro demostrando claramente que si un injusto olvido había cortado en ciernes su carrera diplomática, no había razón para que no pudiera pretender á los puestos mas altos.

Quando las señoras pensaron al fin en despedirse de miss Crawley, esta manifestó el deseo á la condesa de que la enviara de tiempo en tiempo á lady Jane.

— Con mucho gusto, respondió la condesa.

Y se separaron con muchas protestas de amistad. — Pitt, no me traigais mas á la condesa, le dijo miss Crawley en la visita siguiente. Tiene todas las necias pretensiones de vuestra línea materna... ¡el cielo me preserve!.... En cuanto á la jóven, traedla cuando gustéis.

Pitt guardó para sí lo relativo á la condesa, pues no se habria atrevido á quitar á la digna matrona la convicción de que habia producido la impresion mas agradable en miss Crawley.

Lady Jane iba con gusto á casa de miss Crawley, para sustraerse á la tertulia de la majestuosa condesa. Lady Jane acompañaba á miss Crawley en sus paseos, y abreviaba con su presencia las primeras horas de la noche.

Era tan buena, que Firkin no tenia celos de ella, y miss Briggs habria querido verla siempre á su lado, pues notaba que miss Crawley la trataba mejor cuando ella estaba delante.

En cuanto á la anciana demostraba á la niña una be-

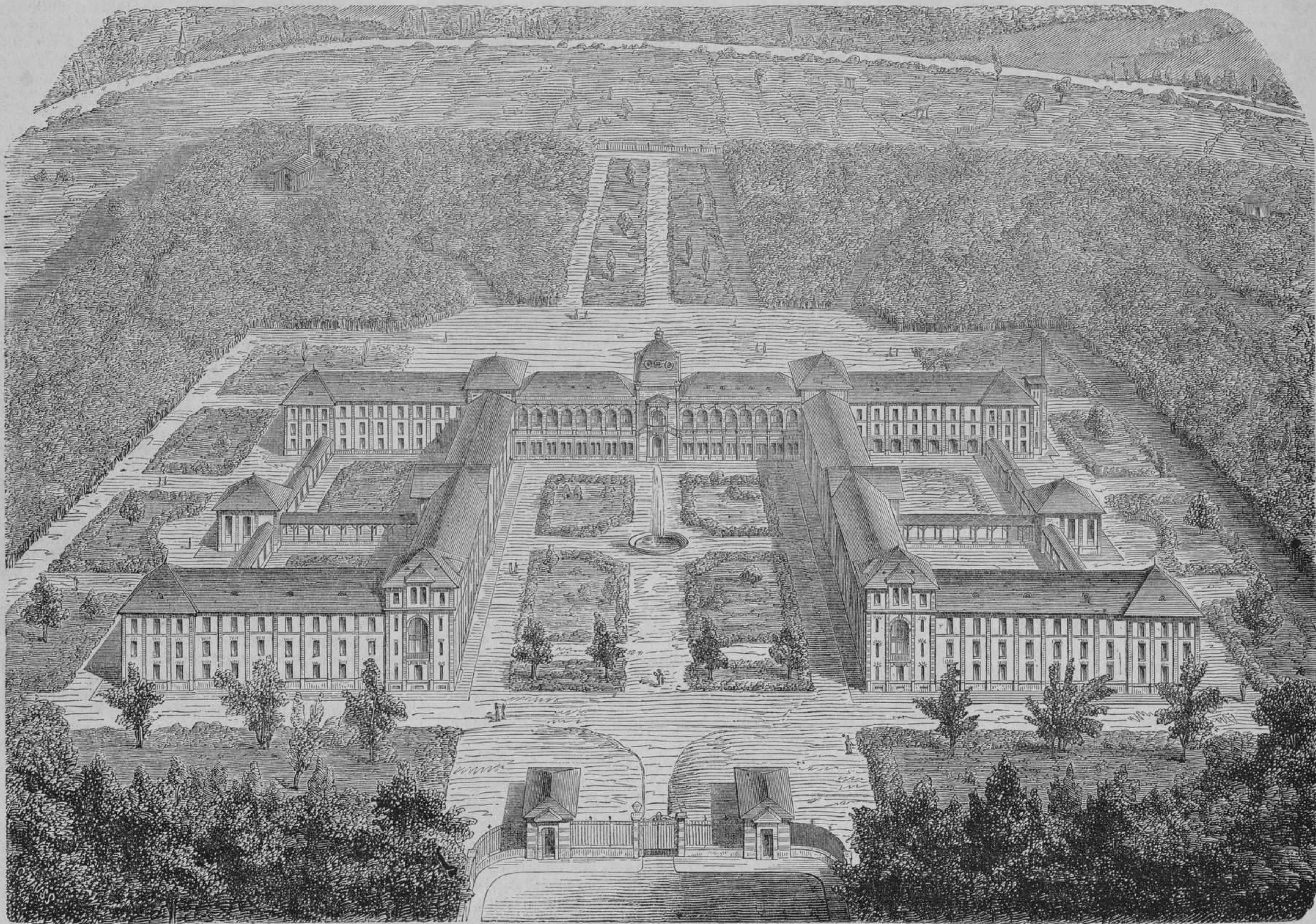
nevolencia particular; la contaba todas sus aventuras juveniles, pero en otro tono que el que usaba con Rebeca. Por nada en el mundo habria querido herir los castos oídos de lady Jane; miss Crawley en medio de sus gustos voluptuosos y mundanos conservaba el tacto suficiente para obrar de esa manera.

(Se continuará.)

Asilo imperial del Vesinet.

Hé aquí á vista de pájaro el asilo imperial que el gobierno francés ha mandado construir en el bosque del Veniset, no lejos de la aldea de Chatou.

La ejecucion de este asilo destinado á servir de retiro á trescientos obreros heridos ó mutilados en los astilleros del Estado, ha sido confiada á M. Eugenio Saval, el arquitecto á quien se debe ya el asilo de Vincennes, y que como este, ha efectuado su construcción haciendo una bonita mezcla con la piedra y el ladrillo para poner el color general del edificio en armonia con la verdura que le rodea.



EL ASILO DEL VESINET.

Se llega directamente á este establecimiento desde el camino de San German por la avenida de la Princesa, concedida á la administracion del ministerio del Interior para el servicio especial del asilo.

El conjunto del edificio se compone de un vasto cuerpo central que reúne las dos alas cuyas diferentes partes están puestas en comunicacion por galerías cubiertas.

Una de estas alas, la de la izquierda, contendrá los cuartos de los inválidos, los talleres de trabajo y una biblioteca; la otra está destinada á los servicios de la casa, cocinas, baños, enfermería, etc.; en esta última se hallarán también las habitaciones del director, del médico, del capellan y de las hermanas de caridad, á cuyos cuidados estarán confiados los inválidos enfermos.

El cuerpo central, de un aspecto mas monumental que lo restante del edificio, comprenderá en el piso bajo un vestíbulo y dos refectorios inmensos, y en el principal una capilla y dos grandes paseos colocados directamente sobre los refectorios.

La capilla, situada entre los dos paseos, se halla dispuesta de tal suerte que todos los inválidos reunidos en los dos paseos podrán asistir al oficio divino que se celebrará todos los domingos por el capellan del establecimiento.

X.

La velada de San Huberto.

El día 1º de noviembre de 1847 cuatro jóvenes y hermosos ginetes que por su tropa de caza y su cuchillo de monte se daban á conocer como discípulos de san Huberto, se apeaban á la caída de la tarde á la puerta de una posada situada en la orilla de la hermosa selva de Clefmont en la Champaña. El posadero que era también jefe de los guardas, recibió afable á los huéspedes, que al cabo de pocos minutos, despues de haber entregado sus caballos al mozo de la posada, se hallaron instalados bajo la campana de una de esas grandes chimeneas que se ven en la tierra de campo.

La conversacion se entabló prontamente entre los recién llegados y el posadero.

— Y bien, Roberto, preguntó al posadero el mas jóven y hermoso de los cuatro huéspedes, que parecia ser al mismo tiempo el jefe de la banda.

— Señor baron, no se puede contestar con seguridad; en esta estacion el tiempo es muy variable. Sin embargo, el tiempo está claro por el Poniente y hay esperanza; no tendremos grandes lluvias, añadió despues de haber mirado por la ventana al horizonte donde se apagaban los últimos rayos del sol en el ocaso.

— ¿Y tendremos jabalíes? repuso otro cazador encendiendo un rico cigarro.

— Mala suerte habriamos de tener si no los halláramos, repuso el guarda evitando comprometerse con una respuesta positiva. No faltan en el monte; pero un día están en una parte y otro en otra.

— He mandado á mi gente que mañana á las nueve en punto se halle en las *Tres Esquinas*, dijo aquel á quien Roberto habia llamado baron. Iremos por ese lado.

— Bonita vuelta es, pero no le hace; y poco hemos de poder, señor baron, si no llevamos á *Mandrin* por ese lado.

— Eso es lo que queremos; le tengo un odio...

— ¿Por los doce perros que os despachó?... interrumpió Roberto; pues es capaz de repetir la broma. Se las pinta solo para el caso.

— Mañana lo veremos, dijo el baron; pero dime, ¿y tu mujer?

— Está en la parroquia, señor baron.

— ¡A estas horas!... Te chanceas.

— No señor: hoy es el día de Todos Santos, víspera de las Animas, y hay que rezar por mucha gente.

— ¿Tu mujer cree en esas tonterías? Muy lista es para eso... Te engaña, mi pobre Roberto; la crees en la iglesia y está en el templo.

Y el baron y sus tres amigos se echaron á reir á carcajadas.

Aun estaban riendo cuando se abrió la puerta de la

posada, y un nuevo personaje entró y se dirigió hacia la chimenea.

Era un hombre de unos cuarenta años, de figura imponente y de rostro majestuoso y suave. Llevaba un traje de caza muy severo, y en las manchas de sus botas de campana así como en su látigo se conocía que había debido venir á caballo.

— ¿Hay puesto para mí? preguntó al posadero.

— Siempre habrá un lugarcillo.

— Con poco tengo bastante, con un saco de paja al lado de mi caballo que acabo de meter en la cuadra.

Durante este coloquio, los cuatro jóvenes se estrecharon para dejar puesto al nuevo personaje.

Este les dió las gracias con urbanidad; luego volvió la espalda á la lumbre, y se quedó en pié con las manos en los bolsillos.

Después de los soldados no hay gente mas comunicativa que los cazadores.

Los cuatro jóvenes entablaron pronto la conversacion con el desconocido.

Pero por mas que hicieron no les fué dado descubrir ni quién era, ni de dónde había venido, ni lo que pensaba hacer al otro dia.

Sin embargo, no dejó de mostrarse cortés, y no tardó en ejercer cierta influencia magnética sobre su auditorio, aunque no parecia tener intencion de cautivarle.

En esto entró la mujer del guarda. Recordaremos que segun lo que dijo su marido, debía volver de la parroquia.

Era una de las aldeanas mas hermosas que pueden verse: grandes ojos negros, cutis hermoso rebosando salud, boca risueña y cuerpo robusto: nada faltaba, ni aun los veinte años y un aircillo muy despierto.

El joven baron, á quien llamaremos simplemente Octavio para no darle su nombre verdadero, en cuanto distinguió á la aldeana, comenzó á hacerla la corte sin acordarse que estaba allí su marido con el alma en un potro.

Rosa (este era su nombre) se defendió con gracia y un poco de coquetería contra los empeños de Octavio, y le recordó que estaba para casarse, y que por consiguiente solo debía pensar en la hermosura de su novia. Epigrama mordaz, pues la novia de Octavio era una heredera tuerta y jorobada.

El baron no se cortó; habló del matrimonio como un

hombre decidido á continuar en él su vida de soltero, y siguió lanzando á Rosa requiebros y miradas amorosas.

En aquel instante el viento de otoño llevó hasta la posada los sonidos lejanos de las campanas de la iglesia de Clefmont que tocaban lentamente por las ánimas.

— Vos que habeis viajado mucho segun parece, ¿podriais decirme si la supersticion de la noche de hoy existe en todos los paises?

— Sin duda ninguna, repuso el desconocido, pero con formas distintas y aun en épocas diferentes. Hasta los salvajes que se hallan privados de las luces de la fe, han inventado el culto de la tumbas, y algunas de sus tribus le practican con ceremonias muy curiosas.

— ¿Qué locura! Los recuerdos alegres son los únicos que deben conservarse, si se desea disfrutar de una buena salud.

— En cambio los de la tristeza son los mas saludables para el alma. Las plantas que se emplean para embalsamar son amargas casi todas, repuso el desconocido con severidad.

— Esa es una frase poética que no prueba nada, dijo Octavio, y yo sostengo que no se debe pensar en la muerte sino cuando se está en edad de tropezar con ella.

Una sonrisa melancólica asomó á los labios del desconocido, y Octavio continuó:

— ¿Concluiréis ahora? dijo Rosa tomando una actitud grave.

— ¿Y porqué? repuso Octavio acercándose mas á la joven que se había sentado á cierta distancia.

— ¿No ois esa campana?

— ¿Y qué? ¿Me tomáis por una vieja?

— No, pero creia que un joven sin padre ni madre debía ser juicioso al menos un dia al año.

— La vida es muy corta para consagrar una sola hora á la tristeza, contestó Octavio con indiferencia; y además, añadió, no es hoy aniversario de la muerte de mis padres.

— Es el aniversario de todos los difuntos, repuso la joven, y por consiguiente el de la pobre Geneveva, aunque entregara su alma á Dios el 15 de mayo.

Geneveva era una joven aldeana de las cercanías, que seducida y abandonada por Octavio, murió antes de haber cumplido los diez y ocho años.

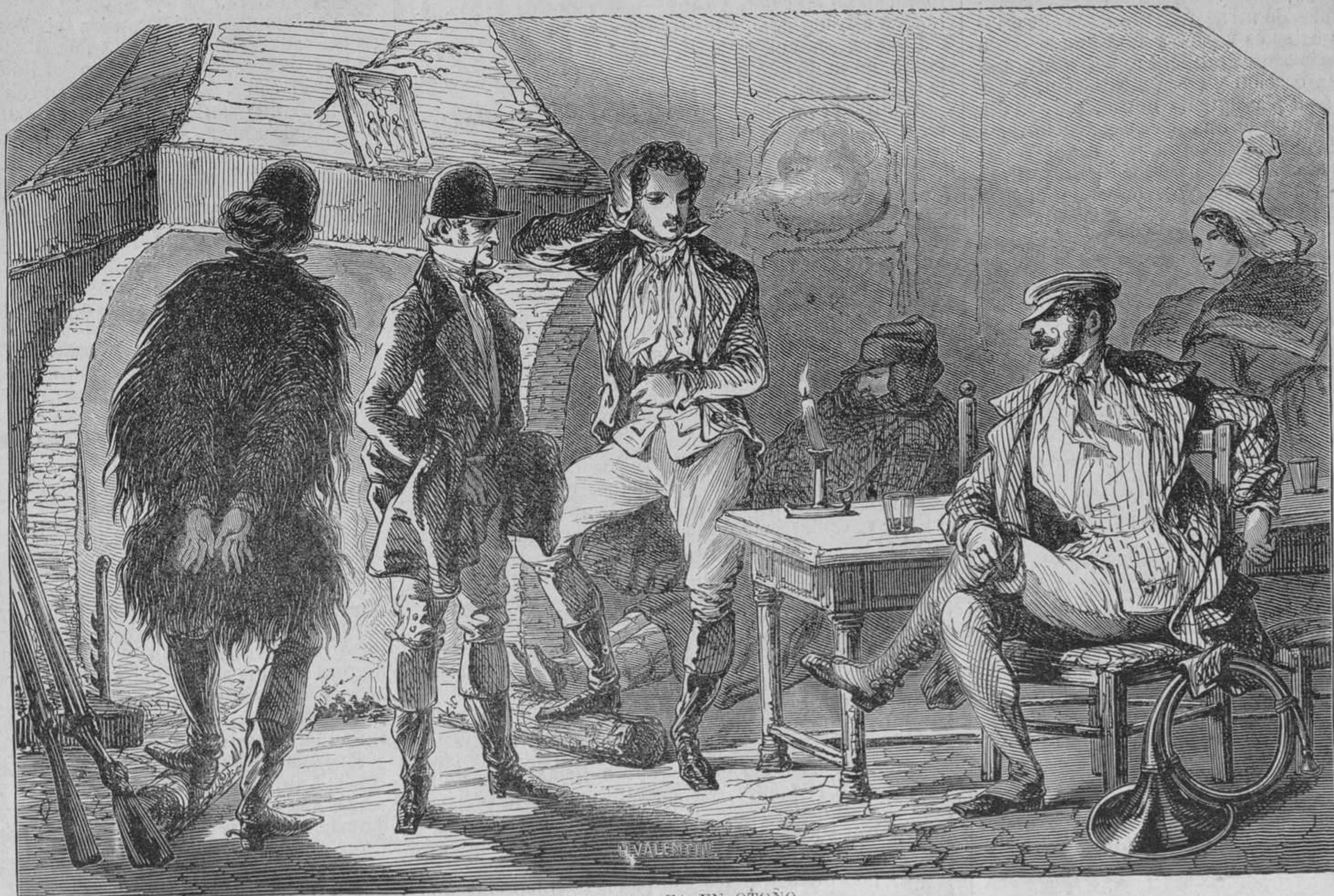
— Geneveva era una loca, repuso Octavio; no se quiso casar con un criado mio á quien daba seiscientos francos de renta.

Y al pronunciar estas palabras encogíndose de hombros, quiso tomar á Rosa por el talle. La joven rechazó esa familiaridad con energia, y fué á refugiarse junto á la chimenea, ante la cual continuaba en pié el desconocido.

Octavio la siguió, é interpellando al desconocido, le dijo:



TUMBA DE SAN HUBERTO, ERIGIDA EN BELGICA Y ESCULPIDA POR G. GEEFS.



ALTO DE CAZA EN OTOÑO.

— Adivino vuestra idea.
 — No es difícil, repuso el viajero.
 — Quereis decir que á todas las edades se puede hallar la muerte.
 — No soy yo quien lo ha dicho; vos lo pensais así.
 — Maldito lo que me inquieta; y para probaroslo, si quereis, pasaremos riendo y bebiendo esta noche que tantas personas consagran á la oracion y á las lágrimas. Roberto tiene aguardiente y azúcar, yo he traído limones con que podemos hacer un ponche abundante. ¿Qué decis, señor viajero?
 — Brindaré con gusto á vuestra salud.
 — ¿Lo oyes, Roberto? exclamó Octavio; anda á buscar lo que hace falta.
 Roberto salió haciendo seña á su mujer de que le siguiera, lo que incomodó mucho á Octavio.
 Sin embargo, cuando estuvo listo el ponche, la conversacion tomó un giro mas grave, aunque el baron queria amenizarla con sus bromas.
 Por fuera el viento de otoño soplaba cada vez mas fuerte, y sus ráfagas traian de tiempo en tiempo algunos acordes confusos é interrumpidos de la armonía de las campanas de Clefmont.
 Se habló de caza, y lo que era muy natural allí, cada cual contó su historia mas ó menos divertida y verosímil.
 — Señor viajero, ¿no nos contais nada? preguntó Octavio al desconocido.
 — Mis cuentos son muy viejos para que os puedan interesar.
 — Cuando los cuentos son buenos se parecen al vino, se mejoran con los años, dijo uno de los cazadores.
 — Entonces, señores, escuchadme.
 Y comenzó en estos términos:

EL CIERVO DE LOS ARDENNES.

Leyenda.

«A mediados del siglo XVII, bajo el pontificado de Sergio I, vivian en las cercanías de la ciudad de Maestricht dos hermanos pertenecientes á una de las familias principales de la comarca.

Jóvenes, hermosos, ricos y valientes, llevaban una vida alegre, sin acordarse nunca del día de ayer y sin pensar en el de mañana.

Aun no tenían veinte años y ya eran citados por sus desórdenes de toda clase, y ya muchas madres y muchos esposos deploraban el día en que los habían dado hospitalidad en su castillo ó en su choza.

Estos dos hermanos, que se llamaban Huberto y Rimbardo, eran aficionadísimos á la caza. Todos los instantes que no consagraban á la caza los pasaban recorriendo los montes en diez ó quince leguas en contorno.

Cuando los sonidos de sus trompas de caza resonaban en la cumbre de un monte ó en el fondo de un valle, los ciervos y las gacelas huían á sus guaridas mas recónditas, y las madres afanosas ocultaban á sus hijas en los sitios mas ocultos de sus habitaciones.

Huberto y Rimbardo se divertían con estos terrores, sabiendo muy bien que sus perros alcanzarían por todas partes á los animales fugitivos, y que ningun plebeyo mantendría su puerta cerrada cuando llamasen ellos bajo cualquier pretexto, pues eran los señores mas encumbrados y los únicos dueños del país.

Una noche de otoño, como si dijéramos esta, se presentaron acompañados de un séquito numeroso de criados, y con muchos caballos y perros ante una modesta ermita donde algunas santas mujeres se habían retirado para vivir en la oracion y en la meditacion, y pidieron la hospitalidad por aquella noche, pues al día siguiente debían cazar en el monte de los Ardenes.

Las esposas del Señor comenzaron por negar la entrada á tan peligrosa compañía; pero Huberto y Rimbardo hicieron tales amenazas, que no tuvieron mas remedio que abrir la puerta del asilo de paz. Allí pasaron la noche en el mayor desorden, saqueándolo todo, escandalizando á las pobres mujeres con sus canciones impías, burlándose de sus costumbres devotas, y llevando la impiedad hasta el punto de ponerse á bailar sobre las tumbas de su pequeño monasterio.

Por fortuna la luz del día vino á poner coto á tan insolente abuso de la fuerza, y cuando los dos hermanos salieron de aquella casa desolada, una religiosa anciana les echó un terrible anatema que ellos recibieron riendo.

Se debe decir en justicia que Huberto, el mayor de los dos hermanos, trató muchas veces de contener á Rimbardo, y que no le imitó en sus ultrajes é infamias sino cuando su cerebro estaba turbado por el vino que siempre llevaban en sus excursiones.

Comenzaron la caza, y sus perros sueltos por el monte de los Ardenes descubrieron y persiguieron un ciervo magnífico.

Los cazadores le corrieron por montes y por valles, salvando todos los obstáculos, lanzando sus caballos por medio de los torrentes para pasarlos á nado, y dejando muy lejos á toda su servidumbre.

Al ponerse el sol se hallaron en el extremo de un profundo valle, donde su jauría cerraba al ciervo que ya no podía correr mas.

El intrépido animal, guarecido entre dos rocas que ponían á cubierto la mitad de su cuerpo, se disponía á vender cara su vida.

Ya los perros mas atrevidos yacían sobre la tierra ensangrentada, y otros se lamian las heridas lejos del ciervo.

Rimbardo sacó un espadín corto y fuerte que siempre llevaba consigo, y se apeó para ir al socorro de la jauría.

— ¡Hermano mio! exclamó Huberto apeándose tambien de un brinco; en nombre del cielo, no le mates.

— ¿Porqué?

— Porque nos sucedería alguna desgracia.

— No hables del cielo, hermano mio, yo te juro por el infierno que ese animal morirá por mi mano.

— ¿Pero no distingues esa cruz luminosa que tiene en medio de los cuernos? repuso Huberto con angustia. Por el alma de nuestra piadosa madre, Rimbardo, recojamos nuestros perros, y vámonos á lavar nuestras manchas en la penitencia.

Rimbardo respondió con una blasfemia horrible á esa piadosa inspiracion, y se lanzó al ciervo con la daga en la mano.

— Señor, ¡compadeceos de él! exclamó Huberto arrodillándose.

El ciervo saltó furioso sobre su adversario, á quien hirió en medio del pecho con sus cuernos agudos como el acero.

Luego cuando le vió tendido en la tierra, le pisoteó con sus cascos duros como la piedra.

Huberto habria querido volar en su socorro; pero un poder invencible paralizaba sus fuerzas y le tenia clavado en el sitio en donde habia caído de rodillas.

Cuando pudo levantarse vió que el cuerpo de Rimbardo no presentaba mas que una masa informe de carne ensangrentada y cubierta de fango.

Huberto se prosternó de nuevo, pues oyó en el cielo una voz que decía:

« ¡Huberto! ¡Huberto! El Señor se ha compadecido de tí: ¡piensa en tu alma! »

El ciervo continuaba en el mismo sitio, pero estaba inmóvil y siempre tenía la cruz luminosa en su cabeza.

Algunos minutos despues los monteros de la comitiva de los dos hermanos llegaron por todos lados atraídos por los aullidos lamentables de la jauría, que parecia presa de un vértigo.

Los restos desfigurados de Rimbardo yacían en un charco de sangre.

Huberto y el ciervo milagroso habían desaparecido.

Los monteros se diseminaron por el monte clamando y haciendo resonar sus trompas en señal de auxilio; pero solo el eco les respondió con un acento lúgubre.

Sesenta años despues un piadoso obispo moría en Maestricht; los enfermos y los afligidos que iban en muchedumbre á tocar sus restos, se volvían curados y consolados.

Este santo personaje era el hermano de Rimbardo, y es hoy el patron de los cazadores. »

— Me pedísteis un cuento, señores, dijo el desconocido: me dispensareis que le haya reemplazado con una historia.

— Un poco lúgubre me parece esa historia, repuso Octavio bebiendo de una sola vez una copa de ponche; pero no me impedirá que cante y beba hasta mañana, deplorando que no estemos en la ermita del monte de los Ardenes, en vez de hallarnos en esta taberna miserable.

El desconocido con mucha gravedad se levantó de la mesa, tomó una luz, y se retiró despues de haber saludado con dignidad á los cuatro cazadores.

Estos pasaron el resto de la noche bebiendo y cantando, en tanto que las campanas de Clefmont tocaban por las ánimas.

Al otro día una hora antes de amanecer Roberto atravesaba de puntillas la sala del piso bajo de su posada para ir á preparar la cacería en el bosque de Clefmont.

El desconocido de la víspera estaba con él dispuesto á proseguir su viaje; los jóvenes cazadores, rendidos por el sueño y el exceso de la bebida, dormían en unas sillas junto á la lumbre que ya se apagaba.

En breve se oyó el ruido de los pasos de un caballo; era el desconocido que se ponía en marcha.

Algunos instantes despues salía Roberto con su jauría. Apenas se habia perdido en lontananza el ruido de este último, cuando el baron se levantó de la silla que ocupaba junto á la chimenea; se fué en derechura á la puerta, la abrió con precaucion, escuchó algunos instantes hácia fuera, la cerró por dentro con llave, y se acercó á uno de sus compañeros.

— Gustavo, despierta, le dijo á media voz tocándole en el hombro. Ya se marchó; hemos quedado dueños de la casa, y ya sabes lo que me has prometido.

Gustavo se despertó á medias, pues la bebida le impedía el uso de sus facultades.

— Te quedarás de centinela aquí, repuso Octavio sacudiendo á su amigo para despertarle completamente. Roberto se ha ido, pero puede haber olvidado alguna cosa, y ya comprendes...

— Está bien, está bien, murmuró Gustavo; gobiérnate con la mujer, que yo te respondo del marido.

Y su cabeza volvió á caer sobre su pecho, en tanto que un ronquido sordo anunciaba que se dormía de nuevo.

— No puedo confiar en él, repuso Octavio; pero he cerrado bien la puerta, y si entrara por la de atrás, como hace mucho ruido, le oiría.

Y luego Octavio se dirigió muy quedo hácia una escalera que conducía al piso superior de la casa.

En aquel momento las campanas de Clefmont que habían cesado de tocar hacia algunos instantes, comen-

zaron su lúgubre tañido; mientras un resplandor pálido que se mostraba por el horizonte por el lado de Oriente, anunció que no tardaría en amanecer.

Los tres jóvenes que se habian quedado junto á la chimenea comenzaron á despertarse sucesivamente.

— ¿Dónde está el baron? preguntó el primero que le echó de menos.

— ¡Ah! se ha escapado...

— ¡Buena jugada está! exclamaron los otros riendo.

De repente, en medio de sus risas se oyeron, como unos gemidos sofocados hácia la escalera; pero este ruido siniestro se perdió en breve en el murmullo del viento que traía mas claras que nunca las armonías lastimeras de las campanas de Clefmont.

Los tres jóvenes se fueron á la cuadra para preparar sus caballos; allí se reunió con ellos media hora despues el baron Octavio.

Estaba pálido, desenchajado y con los vestidos en desorden; aquellas facciones trastornadas tenían el horrible sello del crimen cuando comienza á mostrarse en ellas el remordimiento.

Su aire era tan sombrío que nadie se atrevió á dirigirle una pregunta.

Los cuatro montaron á caballo en silencio y se dirigieron hácia el punto de reunion donde la jauría y los criados habían llegado ya.

En breve se presentó Roberto con su perro, y anunció que tenía á Mandrin, el terrible jabalí, en un punto á corta distancia.

Se tomaron inmediatamente las disposiciones para el ataque, que fué magnífico por su brio y animacion.

Primero el animal recorrió los sitios que frecuentaba ordinariamente; pero acometido de cerca por los perros y asustado por las trompas de caza se decidió á salir al llano.

Durante cinco horas hubo una carrera furiosa y llena de incidentes dramáticos. Mas de un perro cayó muerto en el campo del honor, sin que el ardor de sus compañeros desfalleciera un solo instante. Octavio les excitaba continuamente.

Por último Mandrin, como el ciervo milagroso de san Huberto, no pudiendo correr ya, se preparó á defenderse, y para ello se metió entre unas zarzas.

Octavio, viendo que sucumbían sus mejores perros, se apeó con ánimo de tomar parte en el combate, y se adelantó al sitio en que tenía lugar con la carabina en la mano.

El jabalí le distinguió, y lanzándose por encima de los perros que le rodeaban, se precipitó al encuentro del intrépido cazador que descargó su arma.

Pero su mano trémula engañó á la seguridad ordinaria de su ojo; su bala no hizo á Mandrin mas que una herida ligera que aumentó su furor.

En menos de un segundo estuvo á cuatro pasos de Octavio, que descargó por segunda vez, pero solo salió el piston.

Quiso desenvainar su cuchillo de monte, mas no tuvo tiempo; el jabalí le habia arrojado en tierra.

— ¡A mí! exclamó con la energía de la desesperacion.

El jabalí que le pasó despues de haberle arrojado al suelo, volvía entonces sobre sus pasos.

Pero al mismo tiempo corría con la escopeta en la mano el guarda Roberto.

— No tengais cuidado, señor baron, exclamó apuntando á la fiera.

De súbito una mujer con los cabellos en desorden, el rostro cadavérico y los ojos encendidos con el fuego de la demencia, se presentó en medio de los cazadores, lanzando con voz ronca y estremecida estas palabras que eran una sentencia de muerte para Octavio.

— Déjale morir... ¡es un infame que me ha deshonrado.

Roberto soltó su arma.

Aquella mujer era Rosa, que al punto desapareció arrojando gritos desgarradores.

El jabalí se precipitó sobre el cuerpo de Octavio, y en él se encarnizó hasta que fué cadáver.

Al otro día las campanas de Clefmont seguían tocando el toque de difuntos, pero esta vez era por Octavio.

M. DE F.

LA REINA SIN NOMBRE

CRÓNICA ESPAÑOLA DEL SIGLO VII.

POR DON JUAN EUGENIO HARZENBUSCH.

(Conclusion.)

— Flavio, continuó Froya, yo te he querido destornar, y tú has burlado mis designios. Las tropas que cercan esta ciudad están en tu favor, aunque me han fingido que me serian fieles. Pero aunque tus soldados rodean á Segobriga y penetran en su plaza, tú te hallas imprudentemente aquí en medio de los míos. Moriré sin duda, pero tú perecerás primero.

Froya se dirigió al rey con espada en mano.

— ¡A mi lado! exclamó Quindasvinto.

Los conjurados que se habian quedado, y estaban ganados por el rey, desenvainaron los aceros y se colocaron delante de Flavio diciendo á voz en grito.

— ¡Muera el traidor!

— ¿No he de vengarme? dijo Froya rugiendo.

— Yo he sido mas feliz, repuso Teodosinda riendo.

Floriana, que perdido el conocimiento caía en el suelo. Mi rival ha perecido envenenada.

— ¡Me has robado mi amor! gritó Froya rechinando los dientes: yo mataré al que es objeto del tuyo. — Salíose de la sala corriendo.

— Seguidle y prendedle, dijo el rey á algunos de los fingidos conjurados. No encontrará Froya á Recesvinto en el calabozo. Vosotros encerrad á esa mujer y llamad á un físico: llamad gente que asista á esta otra desventurada.

Los que no habian seguido á Froya, rodearon á Teodosinda y se retiraron con ella: el rey quedó algunos momentos solo con Floriana.

— Animo, hija mia, ánimo, le decía el rey sosteniéndola: van á socorrerte; aun es tiempo: tus enemigos van á ser ejemplarmente castigados. Estas palabras últimas que entreyó la inocente victima, la hicieron esforzarse á articular algunos sonidos que se negaba ya á formar su lengua paralizada: — ¡Perdon, perdon! exclamó la misericordiosa jóven, y cerrando los ojos desaparecieron de su cuerpo todas las señales de vida.

Cuando llegaba el físico y las esclavas, se oyó terrible ruido de cuchilladas en un aposento del castillo: acudió el rey á la puerta, pero la halló cerrada. Al retirarse Froya seguido por los confidentes del rey les ganó la delantera y cerró aquella puerta que era de solidísimo roble. Por el lado opuesto venia Recesvinto, libre ya, como se dirá mas adelante: encontráronse los dos rivales, y una mirada instantánea, recíproca, les dió á entender que de aquella estancia solo habia de salir vivo el uno. Recesvinto cerró tambien la puerta por donde habia entrado, desnudó la espada y se puso delante de Froya. Los conjurados que le habian seguido intentaron forzar la puerta, pero fué en vano.

— Mientras buscan instrumentos para derribar las puertas, dijo Froya á Recesvinto, hay tiempo de sobra para que nos matemos.

— Si soy yo el que perezco, contestó el príncipe, tú puedes librarte. Mira.

Diciendo y haciendo abrió en un ángulo una puertecilla disimulada que daba entrada á una escalera tortuosa. Al alcaide ó mayordomo del castillo, fiel al monarca y al príncipe, les habia descubierto el secreto. La escalera comunicaba con el calabozo donde habia estado Recesvinto, y desde allí por un camino subterráneo guiaba fuera de la ciudad. Por este camino tambien, pero por otro ramal de escalera, habia entrado Froya hasta la sala de los banquetes. Como las tropas de Segobriga iban entrando, no quedaba en los contornos soldado ninguno, y la fuga de Froya era posible. Recesvinto habia sido puesto en libertad por el alcaide y Sisberto, espías del rey, mientras este habia fingido estar en la alcoba.

La lucha entre los dos competidores en amor y grandeza principió con tal impetu, que debia durar muy poco. La ventana del aposento donde pasaba esta escena sangrienta, daba enfrente del cuarto donde habian arrestado á Teodosinda, que era donde poco antes habia estado Floriana encerrada por Froya. Teodosinda llamada por el ruido, se asomó á la reja á ver. El uno de los combatientes era su hermano, el otro era el hombre á quien habia tenido amor; el resultado del combate habia de ser siempre funesto para ella. Asaltada su razon con tan repetidos golpes, comenzó á extraviarse: agarróse fuertemente á la reja y principió á dar alaridos horribles, inarticulados.

A un mismo tiempo los confidentes del rey comenzaron tambien á golpear las dos puertas de la sala para vencerlas: el estrépito de los martillos hacia retumbar el palacio; el crujir de las espadas estremecía: los chillidos de Teodosinda hacian temblar.

A los primeros lances hirió Froya á Recesvinto ligeramente: el furor del príncipe se aumentó con la herida, y el duque fué herido tambien.

Yéndose entonces á Recesvinto como un jabalí al que se disparó el dardo, Froya hundió su espada en el costado del príncipe, al mismo tiempo que la espada de Recesvinto daba como una segur sobre el cráneo del duque. Cada uno cayó por su lado; Froya sin vida, Recesvinto sin conocimiento.

Forzadas las puertas, el rey desatentado, llorando como un niño, cogió á su hijo en brazos y él solo le condujo á una cama. El médico llamado para cuidar de la amante, que ya no necesitaba su auxilio, tuvo que acudir á la cabecera del amado. El cadáver de Froya quedó abandonado algunas horas en el paraje en que habia caído, frente á la ventana. Cuando el alcaide del castillo fué á recogerle para darle sepultura por mandado de Flavio, otro espectáculo mas lastimoso espantó su vista. En la reja de enfrente se habia suspendido Teodosinda de un hierro, echándose por dogal al cuello la cabellera de Floriana.

Unos cuantos dias despues pasaba por la Hoz una litera enlutada rodeada de sacerdotes, pajes, esclavos y soldados. Uno de estos habia acompañado á Froya cuando llevó á Floriana por aquel camino. El alcaide del castillo de Segobriga iba al frente de la fúnebre comitiva. Llegados á vista del agujero adonde Floriana tiró la piedra, el soldado no pudo menos de decir al alcaide:

— La prediccion que hay acerca de ese nicho, siempre se cumple de un modo ó de otro. Como Floriana metió en él un canto, era preciso que volviese por aquí viva ó difunta: el agüero queda cumplido.

El alcaide se sonrió, pero corroboró la idea del soldado, diciendo:

— En efecto, la prediccion de la Hoz no quedará desmentida esta vez.

Algunas semanas mas adelante celebraba la grandeza goda en Toledo el restablecimiento de Recesvinto. Al anochecer habia principiado el banquete, y á mas de la media noche no habia concluido: se habian retirado los ancianos; los jóvenes seguian bebiendo y conversando bulliciosamente. Cerca de Recesvinto se hallaban los duques Venderio y Frandina y el conde Evarico, amigos suyos, con quienes habia tenido largos coloquios durante el festin.

— Continúa, dijo Venderio al príncipe, continúa la historia de esos malaventurados amores. Tu esposa la romana era un ángel de Dios.

— Un ángel, repitieron todos los jóvenes que se hallaban inmediatos, porque la conversacion iba haciéndose general: los que no habian oido el principio, lo preguntaban á los que lo sabian.

— Que hable alto para que todos oigamos, gritaron algunos que se hallaban distantes.

Recesvinto prosiguió así:

— Cuando yo dije á mi padre que Floriana aunque española de todos cuatro costados era una mujer de talento y virtudes tan eminentes como la mas ilustre dama de nuestra sangre, mi padre me tomó la palabra y me juró, que si hechas con Floriana rigurosas pruebas se mostraba tan virtuosa como yo decia, se rehabilitaría mi matrimonio con ella. En medio de la exaltacion en que yo me hallaba, admití las condiciones de mi padre porque conocia muy bien el inmenso valor de mi esposa: despues temí las consecuencias del peligroso empeño. Vosotros, guerreros de corazon demasiado fuerte, vais á mofaros de mí si os confieso que mi temor era, no que Floriana sucumbiese en la prueba, sino que padeciera en ella tanto, que despues no pudiese amar al hombre que habia sido capaz de permitir su martirio. ¡Os reis como de una cosa estraña, inaudita! Os parece que el temor de perder el cariño de una mujer no es digno de albergarse en el corazon de un hombre: yo os juro que Floriana mereceria que se tuviese ese temor por ella. Mi padre me obligó á prometerle que mientras las pruebas duraban, yo me mantendria siempre distante de mi esposa; á la verdad, si yo hubiera sido testigo de sus amarguras, á pesar de mi edad y promesas me hubiera hecho traicion á mí mismo repetidas veces. Se disolvió nuestro matrimonio, Floriana fué reducida á la clase de sierva, se anunció mi boda con Teodosinda, y la virtuosa española se mostró siempre resignada á su suerte, respetuosa con su ama, fiel á su amor. Solamente fué capaz de faltar á él por el mismo amor que profesaba. Un amigo de Froya, ó mas bien un amigo nuestro que engañó á Froya, me ha dicho que la misma noche que fué preso y conducido á Segobriga, el duque, determinado á matarme, ofreció á Floriana que me dejaria con vida si consentia en ser su esposa.

— ¡Su esposa! exclamaron con asombro todos los convidados.

— Su legitima esposa, contestó Recesvinto. Floriana consintió en dar la mano á Froya para salvarme; pero le obligó á jurar tambien que respetaria la vida de mi padre y permitiria que casasen las gentes de la raza goda con la celtibérica.

— ¿Eso prometió Froya? volvieron á exclamar los amigos de Recesvinto.

— Así lo dijo Froya á nuestro amigo Everedo en la mañana de la sublevacion. Esa ley pensaba dar el grande enemigo de los romanos, esa ley que tanto os repugnaba cuando yo por primera vez os manifesté su conveniencia.

— Ya nos has convencido, replicó Frandina: mañana, hoy mismo, porque pronto amanecerá, vamos á proclamarte rey en union con tu padre: cuando quieras promulgar esa disposicion, tendrás nuestro apoyo.

— A pesar, dijo Venderio, de lo impolítico que era el casarte con la romana, si viviera la saludariamos reina gustosos.

— Sí, sí, gritaron todos á una voz.

— Decis eso, replicó el príncipe, porque no existe: si viviera pensariais de otro modo.

— No, no, no.

— No os creo.

— Lo juro, lo juramos. Por la fe, por el honor, por nuestro nombre.

— ¿Jurais, repuso el príncipe, que si viviera Floriana no llevariais á mal que revalidase mi boda con ella?

— Sí, sí, sí, gritaron sin vacilar todos.

Entonces Recesvinto se acercó á una puerta de la sala cubierta con un gran cortinaje, descorriólo de golpe y presentó á aquella juventud entusiasmada la candorosa figura de Floriana, que puesta de pié, ruborosa y confusa, esperaba el fin de la conversacion.

— Floriana vive, clamó el enamorado Recesvinto: vedla, ved á mi esposa.

— ¡Viva! gritaron todos, ¡viva nuestra reina!

(Sisberto habia confeccionado un narcótico para Floriana en lugar de un veneno y habia dado aviso de todo al rey, que se hallaba en el Valle del Paraiso disponiendo la manera de frustrar la sublevacion tramada por el duque Froya.)

La vocería de los convidados despertó á todo el palacio de Quindavinto. Exaltados con la presencia de la hermosa Floriana, que ceñida de una toca blanca, vestida de túnica y manto blancos tambien, tenia un no sé qué de celestial en todo el atavio de su persona, ya no acertaron á contenerse en los límites de una moderada alegría. A aquella misma hora quisieron que se hiciese la proclamacion de Recesvinto: hicieron que se levantara y vistiera el rey, se tocaron los clarines y se puso en arma á Toledo entera. El santo metropolitano

Eugenio y el santo obispo de Zaragoza Braulio, principal patrono del príncipe que se hallaba en la ciudad de la solemne fiesta, acudieron al pretorio al instante de la iglesia, donde juntos estaban orando. Toda la poblacion que velaba solemnizando con hogueras, bailes y cánticos la vispera del fausto dia, corrió, voló, se precipitó á la plaza del pretorio. A un balcon anchuroso y largo salieron Flavio y Recesvinto llevando á Floriana en medio; á sus lados iban los dos prelados de Toledo y Zaragoza, á los lados de estos y detrás, en cuanto el balcon lo permitia, se apiñaron los duques y caudillos de la nobleza gótica; los demás ocuparon los balcones inmediatos.

Entre riquísimos colores de grana y oro despuntaba el sol, resplandeciente como nunca, para señalar el momento feliz de la emancipacion de la raza española.

Gritos agudos de júbilo rompian los aires.

Los soldados agitaban los capacetes en la punta de las lanzas; los vecinos batian las palmas; los mantos volaban arrojados sobre las cabezas sin cesar.

Tendió Quindavinto la mano y siguióse un silencio tan profundo como si Toledo se hubiera de repente quedado desierta.

— Godos ilustres, dijo el monarca, yo os he pedido que asociéis á mi hijo al trono, y vosotros me lo concedéis.

— Sí, gritaron los próceres que se hallaban en el balcon principal: sí, dijeron los que estaban en los balcones contiguos: sí, dijeron los sacerdotes, los soldados, todos.

— Viva el príncipe, viva el rey, viva Recesvinto.

Sosegado el primer estrépito de aclamaciones, el obispo Braulio hizo seña de que habia mas que saber: el modestísimo Eugenio no quiso tomar la palabra delante del que veneraba como maestro.

— Fieles que me ois, dijo con esforzada voz el obispo: hasta ahora, por justos juicios del Todopoderoso ha habido en España un pueblo conquistador y un pueblo vencido: desde hoy, mediante la celeste misericordia, no ha de haber mas que un pueblo de hermanos, de españoles, de fieles adoradores del Señor que nos crió á todos. El rey, el príncipe, la nobleza y la iglesia consienten los matrimonios entre godos y romana, y romano y goda. El príncipe Recesvinto, desposado antes con esta española que veis á su lado, renueva hoy su enlace con ella: la ley lo autoriza, la Iglesia lo bendice, y yo me complazo en declarar á Floriana altamente merecedora de tan ilustre casamiento, por ser la gloria de nuestro pais, la corona de su sexo, y la mas virtuosa de las mujeres.

La sorpresa, la ternura, la embriaguez de júbilo que el brevísimo razonamiento de Braulio produjo en los espectadores de la raza indígena fué inexplicable. Gritos, lágrimas, bendiciones... Ya entre el agudísimo y confuso clamoreo se distinguia la voz de ¡libertad! ya la de ¡igualdad! ya los nombres de Flavio y Recesvinto; pero mas veces y mas claro resonaba el nombre de FLORIANA. Aquella esclava que habian visto cruzar con los ojos bajos y rostro melancólico las calles de Toledo llevando la falda á Teodosinda, aquella segunda Ester, mas mortificada que la primera, habia conseguido la libertad de su pueblo. En un momento fueron escalados todos los balcones del pretorio; en un momento los árboles de la plaza fueron despojados de sus ramas para adornar con ellos los hierros de la fachada: el entusiasmo de los favorecidos se propagó á los bienhechores, disfrutando aquellos el placer inmenso que causa un bien merecido, pero inesperado, y estos la fruicion inefable que siente el corazon de donde ha salido una accion magnánima. Godos y españoles se abrazaban llorando al pié del balcon, donde agrupadas las personas de los reyes, los portifices y la hija del Valle, se reunia en un punto lo mas sagrado que hay en la tierra: la fe verdadera y pura, el poder clemente y justo, la virtud heroica y amable.

Pisando flores, plantas aromáticas y mantos que arrojaba la multitud al suelo, marchó aquel dia Floriana en un caballo blanco como la nieve á ser nuevamente desposada, ungida y coronada en el templo. A cada instante la detenian los españoles para besarle los piés, para ofrecerle palmas y coronas. Flavio y Recesvinto no podian hacer dar un paso á sus alazanes oprimidos por la muchedumbre. Existia en una capilla que cogia al paso la caja ó concha de un carro magnífico de guerra consagrado al Señor, como despojo el mas preciado que un general de Recaredo, fundador de la capilla, habia ganado al rey de los francos Gontarano en las inmediaciones de Carcasona. El pueblo tomó aquella silla, ya convertida en andas, hizo subir á Floriana en ella y levantándola en hombros, la condujo así en triunfo á la iglesia con una palma en la mano, descollando sobre el rey, sobre el príncipe, sobre los caudillos y los guerreros: porque el dia en que la virtud es conocida de los hombres, se eleva sobre todas las grandezas, dignidades y glorias del mundo. Floriana, objeto de tan fervoroso entusiasmo, gozando moderadamente la dicha como habia sentido el mal sin exceso, dejábase conducir aventurando una ú otra mirada tímida á los lugares que habian sido testigos de su abatimiento: y entre los vivos afectos de gratitud que enviaba de su alma á los piés del Altísimo, dos ruegos tan solo le dirigia: felicidad para su esposo y para su pueblo, tranquila oscuridad para ella.

APÉNDICE DEL AUTOR U ORDENADOR DE ESTA CRÓNICA.

Los votos de Floriana fueron cumplidos: sus virtu-

des, su influencia en la suerte de España, y su nombre mismo han permanecido ignorados: si hubiera sido una princesa criminal, tan deforme de cuerpo y alma como la madrastra de san Hermegenildo, su nombre hubiera encontrado lugar en la historia. Los bienhechores del género humano suelen pasar sin dejar señales de su existencia: los monstruos nacidos para azote de la humanidad immortalizan su memoria.

El nombre de FLORIANA, que lleva la heroína en esta narración, tiene el origen siguiente:

Entre los papeles que mi abuelo materno heredó en el año de 1805 de su hermano don Julian Antonio Martínez Calleja, que falleció en Madrid entonces, siendo teniente segundo de la iglesia parroquial de San Antonio de la Florida, pareció un cartapacio de pocas hojas que tenía en la cubierta escritas estas palabras de letra del difunto: « Traducción de un códice latino que se descubrió, y pude haber á las manos cuando se hicie-

ron las excavaciones en el cerro *Cabeza del Griego*, » donde existió la antigua ciudad de Segobriga. » Al pié de la primera página, que como era natural principiaba con el título de la obra y decía: « Historia de la Reina (aquí un nombre borrado) escrita por Anacleto, diácono de la iglesia episcopal Segobrigense en la Celtiberia, » se leía la siguiente nota, igualmente de puño y letra del presbitero: « Es obligación mia divulgar este escrito, por lo que en él se refiere del sitio donde fué fundado siglos despues el pueblo de mi naturaleza Valparaiso de Abajo, distante dos leguas de Cabeza del Griego. » Desde que muertos mi abuelo y padres vinieron á mi poder algunos escritos de mi tío don Julian Antonio, entre los cuales se hallaba la traducción mencionada, he practicado constantes y exquisitas diligencias para averiguar el paradero del códice de Anacleto, pero todas han sido sin fruto: privado del original, he tenido que contentarme con la copia, á

cuyo texto me he arreglado fielmente en la relación de los sucesos, bien que no así en el estilo. Para muestra de este y por lo que conviene á mi propósito, reproduzco aquí la introducción á la letra:

« Bajó el amparo (dice) de Dios Todopoderoso y de la bienaventurada Virgen María, yo Anacleto, siervo inútil de la Santa Iglesia episcopal de Segobriga, me propongo referir compendiosamente las heroicas pruebas y merecimientos insignes de la serenísima Reina... española de linaje, cuyas virtudes ofuscaron la gloria de todas las matronas régias, de origen godo, que la precedieron, sin haber sido jamás igualada por ninguna de sus ilustres sucesoras. Y en señal de ver la admiración que yo y todos los descendientes de los españoles indígenas y de los romanos (conquistadores nuestros, pero confundidos ya con nosotros) profesamos á la gran princesa restauradora de su pueblo, he resuelto que siempre que el augusto nombre de.....



HERRAJE DE BUEYES EN EL DELFINADO (Francia.)

aparezca en este breve libro, que mi fe le dedica, sus letras vayan escritas con brillantes colores, y labor tan delicada y prolija como la que he empleado en el códice mas suntuoso de los muchos que tengo hechos como escribiente de esta santa Iglesia. En cuyo propósito, que cumpliré, Dios mediante, siempre que mi vista, harto débil hace ya tiempo, me lo permitiese, comienzo así: En el año 686, etc.»

Bien fuese porque el pobre diácono perdiera la vista, como parece que se lo recelaba; bien fuera porque su entusiasmo en favor de la reina se entibiara mas adelante; bien porque le faltase tiempo ó vida para cumplir su designio; ello es, segun advierte mi tío, que el códice original estaba plagado de huecos, dejados de intento en blanco, para poner el nombre de la reina, siempre que la narración lo exigía, y el nombre no se hallaba escrito ni una vez siquiera: el cronista debió dejar para lo último aquella tarea por ser mas delicada; no llegó á principarla; y la reina por consiguiente se quedó anónima para la posteridad, porque aquella Reciberga que algunos autores han dado por esposa de Recesvinto, indudablemente, si damos fe á otros, lo fué de su padre.

Oigamos á mi tío las circunstancias con que se veri-

ficó el bautismo de la princesa, las cuales justifican el título que lleva la obra:

« Pareciéndome una profanación (escribe en sus notas) dar un nombre supuesto á un personaje verdadero tan respetable, puse el negocio en manos de la Providencia. Tomé el Martirologio romano, impreso en Roma en 1585; llamé á la hija de mi hermano, María, niña de pocos años que aun no sabia leer entonces, y le entregué el libro mandándole que lo abriera por donde mejor le pareciese: obedeció la niña á su modo, introduciendo el índice por la página 251 y los dedos restantes por la 684. Preguntéle entonces cuál de las dos páginas me designaba; y la criatura, con la inocencia de su edad, respondió que una y otra. Observé entonces con sorpresa que en los dos puntos donde sentaba los dedos, en ambas páginas habia dos santos de un mismo nombre, san Floriano, mártir, de quien se hace mención á 4 de mayo, y san Floriano, mártir tambien, de quien se lee á 17 de diciembre. Esta misteriosa coincidencia me ofuscó: de suerte que me persuadí, con toda certeza, de que por divina permission habia hallado el propio nombre de la esposa de Recesvinto, abuelo paterno del gran Pelayo; y sin escripu-

lo ninguno planté á mi traducción por título: *Historia de la reina Floriana*. Borré poco despues el nombre, porque una reflexion me agrió todo el contento que me habia producido el hallazgo maravilloso: recordé que tenemos en España la palabra *fulano*, para indicar una persona cuyo nombre se ignora ó omite, y discurriendo sobre la etimología de la voz, me ocurrió la sospecha siguiente: Los Fruelas, Froilas, Froilanes y Froilanos (que todo es uno) abundaban mucho en Asturias en el tiempo de la restauracion y siglos inmediatos: quizá (como ahora, porque abundan los Pedros, llaman Pedro Fernandez á cualquiera) llamarían entonces un *Froilano*, á todo desconocido: y de aquí mas adelante se formaría el *fulano*. El *Froilano*, gótico probablemente, sería el *Floriano* latino: y si esto es así, indudablemente está de Dios que no tenga nombre nuestra heroína, puesto que ni aun se le ha podido aplicar uno supuesto. *Floriana* en nuestro país no es nombre, sino sustitucion indeterminada por el nombre que se desconoce: de modo que titular este escrito *Historia de la reina Floriana* equivale á escribir *Historia de la Reina Doña Fulana*, es decir, una *Reina sin nombre*. »